

# **ESCRITOS DE ELOY TERRÓN**

## **FORMACIÓN (1945-1969)**

*Filosofía como ciencia al servicio del hombre común*

**Segunda edición, ampliada y reestructurada en profundidad**

### **PRÓLOGO**

**Rafael Jerez Mir**

**MADRID, 1 DE MAYO DE 2021**

Tras la localización de los que parecen ser los últimos papeles conservados de Eloy Terrón el pasado mes de septiembre, se publica aquí una segunda edición de los *Escritos* correspondientes al período de su *Formación (1945-1969)*, reestructurada con un triple criterio –biográfico, temático y lógico–, muy ampliada y con siete secciones básicas –*Escritos Autobiográficos, Formación Filosófica y Científico-Social, Sociología de la Investigación Científica, La Orientación del Hombre, La Elaboración de la Concepción del Hombre, Contribución a la Ciencia de la Cultura y Aproximación a la Cultura Española Contemporánea*– y ocho apéndices.

## I. ESCRITOS AUTOBIOGRÁFICOS

Como es sabido, Eloy Terrón<sup>1</sup> se formó inicialmente en la cultura de la aldea agrícola de subsistencia y en el trabajo en la mina (de donde data su identificación moral y política con la clase trabajadora), desde la infancia hasta julio de 1936, en que tuvo que huir de su pueblo para salvar la vida. Afrontó después “siete años llenos de riesgos e incomodidades, aventado por el vendaval de la guerra civil”. Se centró, entre 1943 y 1948, en el estudio académico, al tiempo que se formaba críticamente y evolucionaba políticamente desde el anarquismo libertario de su juventud al comunismo marxista, de la mano de Carmelo Soria, el poeta Eugenio García de Nora y Cirilo Benítez –reorganizador del partido comunista en el medio intelectual desde los primeros años cuarenta e introductor del marxismo inglés en España a finales de esa década–, a quien deberá la reorientación definitiva para encontrar la vía de progreso de su personalidad intelectual. Tras cursar la carrera como alumno libre (1946-1948), se licencia en Filosofía y Letras en la especialidad de Filosofía (1949) en la Universidad Central. Aprovecha, hasta 1952, para profundizar en Hegel y en Marx y para leer a Ricardo y otros economistas clásicos, mientras ejerce el magisterio en Cacabelos (León) con una impronta krausoinstitucionista adquirida en la Biblioteca Azcárate de la Fundación Sierra Pampléy junto a su primer maestro, el canónigo y poeta Manuel García de Lama, volviendo al trabajo agrícola, junto a su familia, siempre que puede.

Tras designar como director de su tesis doctoral a Santiago Montero Díaz, quien, como Antonio González de Lama, le disuade de su intención inicial de dedicarse a la problemática de la filosofía existencialista para centrarse en un tema “nacional” con implicaciones teóricas y sociales –la importación del krausismo a España–, fija su residencia en Madrid en septiembre de 1952 y se matricula en los cursos de doctorado. Lector asiduo en la Biblioteca Nacional y el Ateneo Científico, Literario y Artístico y visitante compulsivo de las librerías y los puestos “de libro viejo”, se gana primero la vida en la Academia Arana, de orientación jesuítica, “aprendiendo de los niños y adolescentes..., como profesor de todo” [la religión, incluida] hasta 1958. Tras entrar en contacto con el biólogo Faustino Cordón en 1957, se emplea como asesor en

---

<sup>1</sup> Véanse en esta misma Biblioteca Virtual la *Autobiografía (Formación y desarrollo de la propia personalidad)*, editada por el Ayuntamiento de Fabero del Bierzo (León) en 1996. [[https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1996\\_Autobiografia.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1996_Autobiografia.pdf); [https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/escritos\\_auto\\_biograficos](https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/escritos_auto_biograficos)] y la primera parte de mi artículo «Eloy Terrón Abad (1919-2002): el hombre y el marxista. Una aproximación bio-bibliográfica» [[https://ahf-filosofia.es/wpcontent/uploads/2003\\_Eloy\\_Terron\\_Abad\\_19192002\\_El\\_hombre\\_y\\_el\\_marxista.pdf](https://ahf-filosofia.es/wpcontent/uploads/2003_Eloy_Terron_Abad_19192002_El_hombre_y_el_marxista.pdf); <https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/bibliografia>].

ciencia sociales del Departamento de Investigación en el Instituto de Biología y Sueroterapia [IBYS], mientras trabaja como Profesor Ayudante de Clases Prácticas en la cátedra de Historia Universal Antigua, de Santiago Montero Díaz (1955-1958), como profesor Adjunto Provisional en la cátedra de Ética y Sociología, de José Luis López Aranguren (1957-1965) y como becario del Instituto Balmes de Sociología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (1957-1963).

El primer texto de la primera sección –*Escritos Autobiográficos*– es el prólogo a las *Cartas a Mary Lola (1956-1970)*. *Apuntes sociológicos*–, para orientar al lector, puesto que el libro se editó en su momento en esta Biblioteca Virtual.<sup>2</sup> Son, ante todo, cartas de amor de un intelectual, hecho a sí mismo, a Mary Lola Cuadrado García-Moncó, alumna suya –enseguida novia y pronto esposa–, dieciséis años menor que él, dado el lugar central que ocupa en ellas su teoría del amor, y como expresión del esfuerzo personal por encarnar esa teoría en la propia vida. Aunque también constituyen una serie de documentos autobiográficos excepcionales para conocer a fondo al hombre, que contienen, además, observaciones, comentarios y apuntes teóricos –históricos, antropológicos y sociológicos– sobre esto y aquello.

Sigue luego un capítulo –«Método de trabajo intelectual»– elaborado básicamente a partir de algunas de esas mismas cartas, del verano/otoño de 1960, con centro en la elevación a teoría de la propia experiencia, la distinción entre los trabajos “urgentes” y “aquellas obras en la que un hombre puede plasmarse” y la importancia de la búsqueda de las ideas clave y de su estructuración lógica.

«Busco algo que sea útil al hombre; mas simplemente, trato de elevar a teoría mi propia experiencia y la cristalización de la experiencia humana en mi mente. Ahora bien, la experiencia humana, preferentemente, es experiencia del trabajo, ya que el trabajo es el que revela la naturaleza íntima y el comportamiento de las cosas.»

(...).

«Cuando el hombre cumple una tarea –realiza un trabajo– con la que espera lograr una finalidad pero al final no consigue lo que inicialmente se propuso sino que tiene que corregir su propósito una y otra vez, entonces, necesariamente, tiene que reflexionar y acumular experiencia; no puede menos de hacerlo: el esfuerzo realizado impone la reflexión a fin de repetirlo.»

\* \* \*

«Ya estoy de nuevo entregado a mi trabajo. Es grande la tarea que me espera y tengo que desarrollar un gran esfuerzo. (...). Algunos trabajos son urgentes: los artículos para la *Enciclopedia Española de la Cultura*, la recensión de este libro que estoy leyendo, las notas para la *Revista de Sociología* y, sobre todo, la corrección del libro de H. Herrick. Estos días he trabajado intensamente en él...»

«Aparte de estos trabajos, tengo otros no menos urgentes y necesarios, que son los que realmente me pueden expresar:... (...). El trabajo de YBYS me impone y me exige una responsabilidad de la que difícilmente me puedo evadir: aquello es una obra en la que un hombre puede plasmarse; en realidad, más de uno, ya que fundamentalmente

---

<sup>2</sup> [https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/Cartas\\_a\\_M.D.\\_1956-1970.\\_Apuntes\\_sociologicosx.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/Cartas_a_M.D._1956-1970._Apuntes_sociologicosx.pdf);  
[https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/escritos\\_auto\\_biograficos](https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/escritos_auto_biograficos).

es una obra colectiva. (...). Por otra parte, de la estructura y solidez de esta obra depende todo lo demás, todo otro trabajo.»

\* \* \*

« (...)En mi preocupación existe una jerarquía de cuestiones que desearía saber si es la justa; por eso doy prioridad a determinados temas y me ocupo de los que considero superiores con más frecuencia; y lo hago así porque sé que los otros, en cuanto secundarios, dependen de aquéllos.»

(...).

«Empecé a bosquejar un trabajo que me preocupa ahora –no te alarmes: no voy a empezar a escribirlo. Estoy haciéndome consciente de él y tengo que bosquejar las ideas fundamentales para que vayan asimilando futuros conocimientos, y, así, se cumpla una doble función: 1º, por una parte, que no olvide los pensamientos que se perfilan ahora; y 2º, que sirvan de núcleo de cristalización de datos y de conocimientos.»

(...).

«No sé todavía cómo le daré forma a todo ello, pero estoy convencido de que existen relaciones de causalidad internas y de que lograré encontrar los lazos de unión. Ahora sólo me interesa descubrir la estructura interna. Más tarde, cuando tenga tiempo y desahogo, lo escribiré, disponiendo, por añadidura, de más experiencia.»

En fin, esta primera sección se cierra con un tercer capítulo –«Sobre mi formación»-, muy breve, correspondiente a una densa entrevista personal, en 1962, que, aparte de abundar en algunas ideas básicas ya señaladas –la experiencia del trabajo agrícola en una aldea de subsistencia y la guerra civil, los estudios de filosofía y la colaboración en un laboratorio de investigación biológica, como constitutivos de la propia personalidad-, contiene otras dos, igualmente relevantes: la práctica de la filosofía como ciencia sistemática, a partir de la elaboración intelectual de las propias experiencias, y la divulgación de sus resultados con vistas al esclarecimiento de la conciencia del hombre común y la extensión de la racionalidad, como proyecto de vida personal.

«Como intelectual, tengo la pretensión de influir sobre mi pueblo (...): contribuir con mis trabajos originales a esclarecer la conciencia de los hombres y a promover la racionalidad general a fin de conseguir que el hombre actual pueda orientarse en el medio tecnificado en que vive, entenderlo y superarlo, y que así pueda luchar con éxito contra todos los viejos y, sobre todo, contra los nuevos mitos; que pueda luchar con éxito contra las diferentes formas de neurosis y contra todas las clases de “manejos” publicitarios y de “acción psicológica”. Contribuir a que cada hombre obre como hombre utilizando lo que le constituye realmente en hombre: su razón.»

## II. FORMACIÓN FILOSÓFICA Y CIENTÍFICO-SOCIAL

La segunda sección –*Formación Filosófica y Científico-Social*- es igualmente breve, pues se reduce al prólogo a la traducción de la *Introducción a la Historia de la Filosofía*, de Hegel (1954) más el índice de la tesis doctoral, impresa en 1969 con el título de *Sociedad e ideología en los orígenes de la España Contemporánea*. Pero esos materiales se completan con la información incluida en los apéndices segundo y tercero: *Formación filosófica y científico-social* y *Primeros escritos*. Uno, exhaustivo con

el expediente académico, los trabajos de doctorado (1952-53), las primeras, notas y referencias bibliográficas, las reseñas de la *Posibilidad de la estética como ciencia* (1970), cuyo texto data de 1956, y de la tesis doctoral (1970), los programas de los cursos de Historia Universal Antigua (1955-1958) y de Ética y Sociología (1957-1966), en la Facultad de Filosofía y Letras, más los de Sociología en los cursos organizados por su rectorado (1963-1965), la profusión de notas publicadas en la *Revista Internacional de Sociología* (1957-1963) y las reseñas aparecidas en ésta y en otras revistas; y el otro, con aquellos “primeros escritos” más secundarios.

Por lo demás, nada más concluir la licenciatura en filosofía y letras, Eloy Terrón completó su formación como alumno libre con una serie de lecturas con centro en la problemática epistemológica y teórica; y lo hizo con especial atención a Hegel y en concreto a la *Lógica* y a la *Filosofía del Espíritu*, a la *Esencia del cristianismo*, de Feuerbach, al *Materialismo dialéctico*, de Henri Lefebvre y *La Pensée*, y a los marxistas ingleses de los años treinta y cuarenta. Una base, por cierto, más que suficiente para ofrecernos un prólogo riguroso al publicarse su traducción de la *Introducción a la historia de la filosofía*, de Hegel, en 1954.

Valora la filosofía de Hegel como última gran filosofía especulativa, superadora de todo subjetivismo, integradora de todos los desarrollos previos del conocimiento filosófico, punto de apoyo de la mayor parte de la filosofía posterior y piedra angular del relativismo dialéctico; lo que le lleva a concluir que, puesto que cada filosofía es verdadera en tanto encierra un cabo relativo de verdad, un sistema completo de filosofía sólo podrá ser labor de toda la humanidad.

Precisa luego algunas de las principales aportaciones teóricas hegelianas: el movimiento dialéctico [con la negatividad como principio determinante y creador] de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento; la alienación [la proyección del ser humano en sus obras], como clave última de la historia del hombre y de la cultura; la historia de la humanidad, como historia del pensamiento [del pensamiento empírico al saber absoluto]; la contradicción, como fuerza impulsora de las cosas, la sociedad y el pensamiento; la coherencia dialéctica de la unidad y la diversidad de la cultura; y el dominio del método y del saber objetivo a través de los contenidos más diversos, como formación filosófica y científica genuina.

«Por esta causa las obras de Hegel no sólo enriquecen por la extraordinaria abundancia de conocimientos que contienen, sino que lo más importante en ellas es *la forma de elaborar esos conocimientos*, lo verdaderamente importante es *seguir el movimiento del pensamiento a través de los más diversos contenidos*. Que la inteligencia –la razón– adquiera, al mismo tiempo que los contenidos, la aptitud para moverse a través de ellos, es en lo que consiste la verdadera formación científica, filosófica.»

Incluye después una breve apreciación sistemática del sistema hegeliano: la prescripción “conócete a ti mismo” como ley absoluta del espíritu; el fin de toda ciencia verdadera [«que el espíritu se encuentre a sí mismo en todo lo que llena el cielo y la tierra»]; el monismo ontológico y epistemológico; el paso cognoscitivo de la representación o esquema abstracto al concepto o noción clara y exacta; y, en fin, el movimiento dialéctico de la *idea absoluta*. Un movimiento que va del proceso ideal [*Lógica*] a su exteriorización [*Filosofía de la naturaleza*] en el tiempo y en el espacio (y

de la unidad incompleta de la planta a la unidad omnipresente del animal), y de aquélla a la historia completa del mundo como historia de la humanidad [*Filosofía del Espíritu*], al alienarse el hombre en su medio natural y social.

Subraya también el contraste existente entre la vigencia de los hallazgos de Hegel en la esfera del espíritu [en la historia de la humanidad] y la debilidad de su filosofía de la naturaleza y sus ideas metafísicas, a modo de valoración de conjunto. Y, todo ello, para concluir con la consideración de la historia de la filosofía como resumen de la filosofía de Hegel y verificación de su lógica.

En cuanto a la tesis doctoral, convencido de que la naturaleza de la sociedad –como la de todo ser o proceso- ha de explicarse por su origen y de que la tarea principal del sociólogo es penetrar las apariencias hasta descubrir los dispositivos culturales determinantes de la sociedad –a saber, la estructuración clasista básicamente dual de toda sociedad desde la revolución urbana y el enmascaramiento ideológico sistemático de la misma, generalmente so capa de religión-, su objetivo fue la identificación de los caracteres básicos de la sociedad española contemporánea, echando mano sobre todo de la historiografía española anterior a 1868, con especial atención a las crónicas y otros documentos históricos.

Tras cinco largos años de investigación, ésta fue dando sus principales frutos de cara a la redacción definitiva de la tesis doctoral a lo largo del verano de 1957, y así lo iría comentando en sus *Cartas a Mary Lola*. Aborda la introducción. Profundiza en la concepción krausista del derecho. Descubre la naturaleza *social* de las raíces de la concepción del hombre de los liberales españoles y la utilidad de tal descubrimiento para la comprensión del presente, leyendo a La Sagra. Se sorprende por la lucidez de Jaime Balmes, en sus escritos políticos. Encuentra en un determinado párrafo suyo la respuesta a su búsqueda obsesiva de una estructura permanente en la sociedad española durante los últimos 250 años. Esboza su propia hipótesis al respecto. Profundiza en la teoría krausista del Estado, al mismo tiempo que se entusiasma –leyendo a Costa- con la idea de la formación espiritual de la juventud española en las creaciones de los hombres más conscientes y progresivos de nuestra historia nacional. Precisa, en fin, su propia tesis sobre las raíces sociales de la introducción y arraigo del krausismo en España. Y, en junio de 1958, defiende la tesis, doctorándose en Filosofía y Letras [sección de Filosofía Pura], con el Premio Extraordinario.

### **III. SOCIOLOGÍA DE LA INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA**

Tras concluir ese trabajo, Eloy Terrón comienza a acusar la influencia decisiva de su estrecha colaboración con el biólogo Faustino Cordero, comenzando por la transformación del Departamento de Investigación de IBYS (1958-1966), de proyecto individual en proyecto colectivo de todo un equipo de investigación, unido al impulso y mantenimiento posterior del mismo en los Laboratorios Coca.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> Véanse los Apéndices 4 [*Colaboración con el biólogo Faustino Cordero en el Instituto de Biología y Sueroterapia (1958-1966)*] y 8 [*Colaboración con el biólogo Faustino Cordero en los Laboratorios Coca (1966-1968)*].

Como es sabido,<sup>4</sup> la trayectoria de Faustino Cordón como biólogo se inicia en sus años de IBYS (1945-1966), al partir del principio epistemológico del monismo científico en orden a la explicación de los sucesivos niveles de integración de la realidad.

Comenzó estudiando, entre 1945 y 1954, la inmunología vigente, de Doerr, mientras traducía los ocho volúmenes de su obra básica para la Revista de Occidente, en cuya Biblioteca de Ciencia Biológica publicó también sus propios resultados [*Inmunidad y automultiplicación proteica*, 1954]: a saber, la formulación de una teoría de la inmunidad alternativa, que explica mejor los hechos, y la identificación de un nuevo nivel del ser vivo –el ser vivo intracelular, la proteína globular-, fundamentalmente.

Dedicó los tres años siguientes a la problemática del surgimiento de la vida desde lo inorgánico en la superficie terrestre, logrando nuevos progresos teóricos [*Introducción al origen y evolución de la vida*, 1958]: primera enunciación de los niveles biológicos sucesivos de integración, e implicaciones epistemológicas del monismo científico en biología, poniendo así en evidencia el reduccionismo físico-químico de la biología vigente, en concreto.

Se centró luego [1958-1960], en el estudio de Darwin, convencido de que la biología es obra suya. Y abordó de forma sistemática el tratamiento de los problemas generales del ser vivo a partir de 1961.

Ahora bien, la estructura primaria de la conciencia de Eloy Terrón se había configurado previamente con la experiencia del trabajo campesino y no con la del lenguaje, oral o escrito, como les ocurre a los niños de los núcleos urbanos. Es más: la experiencia del trabajo como joven campesino en la agricultura de subsistencia sería en él siempre la dominante. Eso explica, por cierto, sus dificultades iniciales al tener que integrarse en un medio en el que se empleaba el lenguaje oral y escrito, su falta de capacidad de abstracción en comparación con sus amigos del círculo de la Biblioteca Azcárate, o la propia constatación del contraste existente entre su “conciencia realista”, siempre pronta a representarse los objetos de los que habla, y la “conciencia libresca” de sus alumnos y compañeros en la enseñanza media y en la universidad.

Pero, una vez supuesto esto, hay que tener en cuenta cómo acusa la influencia decisiva de la biología al colaborar con Faustino Cordón y su equipo de químicos, bioquímicos y farmacéuticos, desde 1958, comenzando por los últimos años de su formación intelectual. Descubre la importancia y la significación de los seres vivos (y en especial de los animales) a partir de la evolución del universo; se familiariza con los trabajos de investigación científica experimental (para los que carecía de preparación); y adquiere una noción objetiva y rigurosa del origen y evolución de los seres vivos, que es el conocimiento más complejo y difícil, pero también el más indispensable para entender al hombre y la cultura, como medio biológico del mismo. De hecho, la puntualización y la actualización del darwinismo por Faustino Cordón desde su propio sistema de conceptos, entre 1958 y 1960 (difundida entre un público más amplio en el libro *La evolución de los animales y su medio*, de 1966) incidieron ya de forma relevante en su formación como antropólogo y sociólogo.

---

<sup>4</sup> Véase mi artículo «La sociedad, la ciencia y la educación a la luz de la biología evolucionista de Faustino Cordón (1909-1999)», en esta misma Biblioteca Virtual.

En sus escritos de esos años el biólogo español precisa con todo rigor el concepto de medio animal. Explica por qué y cómo cada especie animal es seleccionada por un medio específico, cómo éste se estructura en especies vegetales y animales y cómo progresan la especie y su medio en virtud de su propia dialéctica. Deduce la dependencia de la evolución de una especie animal respecto de la evolución conjunta de los animales y del modo de relación de todos los medios específicos entre sí, como conclusión general. Define el proceso de especiación animal, o de diferenciación de una especie en dos, en función de esas conclusiones básicas. Y ofrece, además, nuevos atisbos de una interpretación biológica de conjunto, junto con la posibilidad de abordar otros problemas biológicos más generales y de mayor complejidad, ignorados por Darwin: como la filogénesis de los primeros individuos de cada uno de los tres niveles de los seres vivos [proteína globular, célula y animal] a partir de la evolución conjunta de los individuos de nivel inmediato inferior [el origen del primer animal a partir de la evolución celular, por ejemplo]; y los que conciernen a las relaciones entre los seres vivos de distinto nivel de complejidad en general.

Pues bien, un primer fruto de la estrecha colaboración de Eloy Terrón con Faustino Cordón son los escritos reunidos en la tercera sección, *Sociología de la Investigación Científica*. A saber: «Estudio de la rentabilidad de la investigación científica», ante todo, otros en buena fructos de éste –«Fundamentos sociológicos de la investigación científica» [1960], «Importancia y ventajas de la selección de personal» [1960], «La investigación científica en la industria farmacéutica» (1962)-, más algunas notas sobre la organización de la investigación científica, la división y coordinación del trabajo de investigación, el investigador y sus problemas, entre otras.

Con todo, lo más importante de esos primeros años de estrecha colaboración con Faustino Cordón fue su aprovechamiento para profundizar en la propia visión personal de *La Orientación del Hombre* y de *La Elaboración de la Concepción del Mundo*, pensando siempre en la gente común.

#### **IV. LA ORIENTACIÓN DEL HOMBRE**

##### ***Necesidad y oportunidad de una Colección de Divulgación Científica***

Por de pronto, la transformación del Departamento de Investigación de IBYS incluía el proyecto de una Colección de Divulgación Científica, finalmente fallido, tras varios años de maduración.<sup>5</sup>

De hecho, ya, a principios de 1959, Eloy Terrón hacía gestiones en ese sentido con la Editorial Cid de Madrid, tras plantearse la «Necesidad y oportunidad de una colección de divulgación científica», un escrito [correspondiente al primer capítulo de esta sección], donde, al mismo tiempo que resaltaba la dificultad de la creación del pensamiento científico integrador, dado el imperio de la superespecialización, también insistía en la facilidad de su divulgación echando mano de la experiencia histórica, la necesidad actual de una visión abierta, orientadora, profundamente abarcadora y

---

<sup>5</sup> Véanse en el Apéndice 6.b. el planteamiento teórico de Faustino Cordón en una primera reunión con todo su equipo y los contactos y gestiones posteriores con Pergamon Press [1962-1965] y varios profesores de distintas universidades españolas con vistas a la constitución de la editorial *Prensas Universitarias Española*.

comprehensiva de la realidad, y la posibilidad de satisfacerla mediante la difusión del fondo social del conocimiento, por otra.

### ***Materiales para su Fundamentación Teórica***

Es más, prácticamente de inmediato se centraba personalmente en ese proyecto, comenzando por los «Materiales para su Fundamentación Teórica», reunidos en el capítulo segundo. A saber: “Los trabajos de *Ínsula (Para una Teoría de la Divulgación Científica)*” [1960-1961], “El Programa de Introducción a la Filosofía” [1960-1961] y las “Ponencias para el Movimiento de Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza”.<sup>6</sup>

#### *Los trabajos de Ínsula (Para una teoría de la divulgación científica)*

En cuanto a los trabajos de *Ínsula*, publicados en su día en esta Biblioteca Virtual con el título de *Ciencia y Compromiso*,<sup>7</sup> se incluye el prólogo con el fin de proporcionar una idea general al lector interesado en su consulta. Por lo demás, su temática argumental central es la de la viabilidad general y la necesidad actual de la difusión del conocimiento general que puede inferirse de toda actividad científica especializada, en orden a la integración rigurosa final de los resultados teóricos fundamentales de las ciencias básicas de la naturaleza y del hombre; y esto, para poder elaborar una cosmovisión científica al alcance del ciudadano común, como trama central de la constitución de su conciencia personal y como guía imprescindible para orientarse en la civilización científico-técnica actual.

#### *El Programa de Introducción a la Filosofía*

El *Programa de introducción a la filosofía* requiere, en cambio, mayor detalle y más precisión. Eloy Terrón ensaya en él una interpretación de conjunto del origen, la naturaleza y la evolución del hombre y su medio, a la luz de la biología neodarwinista de Faustino Cordón, en tres apartados:<sup>8</sup> «Concepto de organismo. Aclaraciones a la idea de alma»; «Sobre el método»; y «La tarea de la filosofía como ciencia: del amor al saber al saber verdadero».

El primero no es sino un “intento de esclarecimiento de una cuestión confusa e intocable” con una orientación científica.

«El carácter científico del examen de este problema radica justamente en que, no sólo se aspira a dar una explicación coherente, real y objetiva [en términos de la realidad circundante], sino que al mismo tiempo se pretende explicar *por qué la humanidad ha elaborado una concepción tan errónea del espíritu y por qué esta concepción ha prevalecido.*»

Aunque nada nos es más próximo que el propio espíritu, la incapacidad para comprender sus relaciones con la realidad natural y cultural está en el origen de tanta

---

<sup>6</sup> Sobre este último, véase el Apéndice 5.

<sup>7</sup> [https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/compromiso\\_social\\_politico](https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/compromiso_social_politico)  
[https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1960\\_62\\_Ciencia\\_y\\_Compromiso\\_\\_Artyculos\\_en\\_Ínsula\\_.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1960_62_Ciencia_y_Compromiso__Artyculos_en_Ínsula_.pdf).

<sup>8</sup> Inicialmente fueron cuatro, pero el tercero —«Función y naturaleza general del conocimiento»— pasó luego a formar parte de un trabajo posterior sobre «Posibilidad de construir una imagen general de la realidad», incluido aquí como cuarto y último capítulo de esta cuarta sección,

fabulación sobre la naturaleza del alma como ha existido y continúa existiendo. Supuesto esto, la reconsideración científica de la cuestión debe comenzar por la enunciación de los rasgos característicos del espíritu, habida cuenta del doble orden de las propiedades de todo ser: las que se explican en términos de los procesos que concurren a su constitución como tal ser, y las que resultan de su interacción con los seres de su mismo nivel de integración.

Por lo demás, la cuestión del espíritu es también la cuestión del “deslinde del objeto de la psicología”, enrarecida por cierto por la acritud del debate sobre la frontera entre psicología y fisiología, sin duda mayor que el correspondiente a la delimitación de la psicología frente a la sociología; pero el conocimiento del objeto y las grandes líneas de la biología, como único modo de alcanzar una concepción precisa del objeto de la psicología, puede bastar para resolverlo.

Pues bien, la biología no sólo explica la naturaleza de todo ser vivo. También ofrece una concepción precisa del origen del animal a partir de una asociación celular, de la diferencia entre medio vegetal y medio animal y entre vegetal y animal, y hasta del surgimiento y el desarrollo de la toma de noticia del medio, la locomoción y la digestión del animal a partir de la célula nerviosa original (con el surgimiento de vías aferentes, centros de respuesta y vías motrices). Aparte de esto, las especies animales evolucionan en función del perfeccionamiento del sistema nervioso y de la capacidad creciente de la toma de noticia del medio por el animal, si bien la distribución en la biosfera y el ritmo de la evolución pasiva y la evolución activa de las diversas especies son desiguales: el caso de los primates, en comparación con el hombre, lo ilustra bien.

Por otra parte, del estudio de la *experiencia* animal y sus leyes se desprenden, entre otras, estas conclusiones: la relación entre experiencia y comportamiento es siempre muy estrecha; la variabilidad de la capacidad de experiencia animal está en función de la especie y de la edad, y en razón directa de la duración de la “neotenia” [esto es, de la incapacidad de las crías para valerse por sí mismas al faltarles el pleno desarrollo corporal y de todas las formas de comportamiento necesarias al respecto]; y la “representación” aparece como la barrera infranqueable del animal, en tanto que el lenguaje, como nueva ventaja selectiva, es la clave del salto al nivel humano:<sup>9</sup> como soporte del pensamiento abstracto y de la capacidad ilimitada de adquirir experiencia, el lenguaje posibilita que la conciencia del individuo humano se distinga de toda conciencia animal como conciencia *consciente de sí*.

La conciencia animal no es ninguna sustancia, sino el campo constituido por los procesos mentales y por las modificaciones que éstos provocan en los procesos fisiológicos. Pero la conciencia humana –el espíritu, objeto de la psicología–, resulta de la modificación de las “relaciones biológicas primarias” de la conciencia genérica animal por el medio sociocultural característico del hombre.

Tras todo esto, el abordaje [preliminar] «Sobre el método» descansa en tres puntos de apoyo básicos: la concepción hegeliana de la filosofía como saber verdadero, y no como amor al saber; la significación del esclarecimiento de la naturaleza, el objeto, la vía de acceso y el método de la filosofía, para un conocimiento

---

<sup>9</sup> Eloy Terrón –siguiendo a L.A. White– hablará siempre del hombre como un cuarto nivel de integración, en tanto que Faustino Córdón insistirá en que no puede hablarse más que tres niveles del ser vivo: la proteína globular, la célula y el animal (del que el hombre forma parte, como culminación del mismo).

objetivo de la función de la filosofía; y la conveniencia de optar por la transformación de la filosofía en una verdadera ciencia, con una función activa y eficaz en el progreso del conocimiento y de la racionalidad humana, frente a la persistencia de la filosofía como un saber especial y, en lo fundamental, una ideología.

Por lo que respecta a la toma de noticia del medio, ésta es siempre condición esencial de todo ser vivo y de su adaptación al mismo, y, por lo tanto, también de todo animal, que evoluciona siempre en tensión constante con su propio medio. Del hombre puede afirmarse otro tanto, puesto que carece de cauces extrasensoriales para el conocimiento del medio humano, por lo que no puede admitirse la existencia en él de formas de conocimiento cualitativamente distintas de las de todo animal. Lo que explica la situación privilegiada de nuestra especie en la biosfera es la eficacia de la cooperación social, la utilización de herramientas y el lenguaje, como ventajas selectivas que posibilitaron el salto del nivel animal al nivel antropológico, exclusivo de nuestra especie.

En cuanto al objeto de la filosofía, éste fue cambiando, en Occidente, a lo largo de su historia antigua, medieval y moderna. Comienza con la atención jónica a los objetos y procesos de la realidad: filosofía como pensamiento general. Se transforma enseguida en el saber eleático de los conceptos puros: sustantivación conceptual del conocimiento representativo, con el consiguiente peligro para todo conocimiento. Viene luego la asociación de la filosofía y la religión, a consecuencia del desarrollo del interiorismo, del progreso de las ciencias especiales y de la naturaleza ideológica de la religión, como heredera de la magia, el totemismo y la mitología. Y esto último acaba determinando la transformación de la filosofía en auxiliar de la teología, con su carencia consiguiente de autonomía, al depender del conocimiento vulgar, las ciencias especializadas y la religión para su desarrollo posterior.

Por otra parte, la reflexión rigurosa sobre la vía de acceso de la filosofía a sus objetos lleva a la crítica de todo idealismo gnoseológico, puesto que la subjetividad humana se configura mediante la internalización psíquica del medio humano, con sus condicionamientos sociales básicos. A saber: la trama y el desarrollo técnico y lingüístico-conceptual; y la jerarquía del poder y la posición social, que es a su vez el fundamento de la función ideológica de la filosofía y de la larga vigencia de esta última hasta hoy.

En fin, a la concepción del método según los filósofos debe contraponerse el método científico y el papel de éste en el progreso de la ciencia. En su relación real con la ciencia, el método no es sino el conjunto de medios y normas que cada ciencia ha conseguido elaborar para facilitar la observación de sus objetos y verificar la verdad del conocimiento elaborado. Pero hoy urge la integración de ese conocimiento científico especializado y los resultados del mismo en un conocimiento científico general, valiéndose de la biología como ciencia puente entre las ciencias de lo inorgánico y las ciencias del hombre y de la cultura.

Por último, el tratamiento de «La tarea de la filosofía como ciencia: del amor al saber al saber verdadero», en el tercer y último apartado de este *Programa de introducción a la filosofía*, se articula con dos partes básicas: derecho a la existencia de la filosofía y ámbito de la existencia humana en que se inserta; y “racionalización ilusoria de la realidad” (de las religiones a la filosofía).

El origen de la religión y de la “racionalización ilusoria de la realidad” se debe a dos causas fundamentales: la necesidad humana de la confianza en un orden natural; y la invención de un conocimiento ilusorio, dadas las limitaciones de la “racionalización de la realidad” por parte del hombre. De modo que, aun cuando la configuración de la psique humana es siempre cultural [social, técnica y lingüístico-cognoscitiva], la eficacia de la inteligencia es relativa, al venir determinada por el desarrollo mayor o menor de los “enclaves” de conocimiento objetivo y por la evolución de las formas religiosas.

El trabajo, no sólo constituye la única vía de conocimiento de lo real como algo externo, con su estructura y sus leyes, sino que, como fuente de humanización –de racionalización– de la realidad y como manifestación de la naturaleza humana, es también el mejor antídoto contra el idealismo. La naturaleza humana se exterioriza de forma objetiva en las herramientas y demás productos del trabajo [en el hombre “alienado”], clave a su vez de la “racionalización de la realidad” por todo hombre; y de ahí la naturaleza y el valor universal del conocimiento, como subproducto de la actividad práctica de la especie y como guía –mágica, religiosa, filosófica o científica– de la actividad futura. Pero a todo esto se contrapone la larga vigencia histórica del idealismo religioso y metafísico –y de la “racionalización ilusoria de la realidad” en general–, en razón de la integración de los teólogos y los filósofos en la clase dominante, del alejamiento de éstos de la actividad productiva y de su desprecio del trabajo y la interpretación del mismo como un castigo. De ahí el contraste entre la creatividad cultural de las masas a lo largo de la historia y la explotación de éstas por las clases reaccionarias.

La historia de la “racionalización ilusoria de la realidad” va, pues, de las religiones a la filosofía. El conocimiento propiamente humano surge a partir del conocimiento del homínido, y se desarrolla en virtud de la actividad productiva, de la actividad representativa como anticipación de la acción y de la capacidad humana de resolución de las necesidades futuras, o conciencia del futuro. La tendencia omnicomprendiva y unificadora de la actividad mental del hombre, en concreto, tiene como base el ansia de seguridad del grupo y la necesidad de la integración abstracta del conocimiento del futuro; y de ahí el origen y el desarrollo de la religión y de la filosofía como cauces intelectuales de la “racionalización ilusoria de la realidad”.

La necesidad de la inmortalidad está estrechamente relacionada con el origen y el desarrollo de la religión; y la idealización del futuro de los individuos y del futuro grupo, con los de la filosofía. Pero esta última tiene además un papel propio, como continuación de las funciones de las diferentes formas de religión. La transición de las religiones inferiores a las superiores y a la filosofía se explica por los progresos de la cooperación social y del conocimiento objetivo. Al superarse el determinismo natural, se desarrollan el determinismo sociocultural y el monoteísmo; y el desenvolvimiento de la ciencia natural culmina con la liberación de los dioses terrestres. Pero en la actualidad hay que reimpulsar la ciencia natural y consolidar la ciencia social con vistas a la superación de la anarquía capitalista y a la liberación del dios abstracto.

## *Las ponencias para el Movimiento de Reforma de la Universidad y de Renovación de la Enseñanza*

En fin, las “Ponencias para el Movimiento de Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza”, fueron dos: «Investigación y Universidad», expuesta ante aquél en febrero de 1963, y «La racionalización de la enseñanza y la investigación de la Universidad», desarrollada en mayo de 1964. De la primera únicamente se conserva la Introducción. En ella se entiende la investigación como la elaboración de toda la acción y experiencia humana sobre la realidad en lenguaje (como soporte físico del pensamiento), para concluir con su aplicación a la Universidad: cuál es y cuál debe ser la función de ésta y qué papel cabe atribuirle en ella a la actividad investigadora. La segunda se ha perdido por completo, pero es probable que en ella se planteara la necesidad de su transformación radical, tras un apunte sumario del papel tradicional de la Universidad para concluir con su crisis en los años sesenta.<sup>10</sup> Esto es, que pasara, de formar a una minoría para profesores y altos funcionarios a preparar a los profesionales de todas clases que precisaba la sociedad española, de una “enseñanza experimental” carente de pensamiento a la experimentación al servicio de la teoría para transformar positivamente la realidad natural y social, y de la desvinculación total entre una enseñanza formalista y la masa trabajadora del país a su vinculación estrecha con un medio en transición hacia una sociedad capitalista industrial y de servicios.

### ***El papel de la Filosofía como ciencia***

El tercer capítulo –«El papel de la Filosofía como ciencia»-, sólo ha podido estructurarse a base de cuatro notas [“Cometido y empeño de los filósofos actuales”, “Del hundimiento de los asideros mentales”, “La ciencia como conocimiento integrado y asidero permanente del hombre” y “El examen de conciencia como ascesis para el pensar objetivo”] y, sobre todo, de sendas series de guiones sobre “El papel y la función de la filosofía” y “El programa de la filosofía considerada como ciencia”.

Al plantearse, en 1960, el problema de la introducción a la filosofía, Eloy Terrón comenzaba preguntándose sobre su papel y su función,

« ¿Qué papel desempeña en la actualidad la introducción a la filosofía, y qué papel debe desempeñar en el futuro? ¿Cuál es su función en la formación personal? Sin duda, esta es la cuestión básica. ¿Tiene sentido preguntarse por la función de toda introducción a la filosofía? ¿Tiene sentido hablar de una introducción *a la filosofía*? ¿Puede aportar algún conocimiento real? ¿A qué persona deberá estar dirigida? ¿Existe una función teórica y una función social de la introducción a la filosofía? ¿Cuál es la situación de la introducción a la filosofía dentro del conjunto de la ciencia?»

Y a renglón seguido se decía a sí mismo que la filosofía tiene hoy una función teórica –“hacerse consciente del conocimiento”- y una función social –“hacer consciente al hombre de su situación y orientarle”.

---

<sup>10</sup> Véase al respecto la reciente edición del libro *Universidad y Sociedad* (1967), rechazado en su día por la censura previa de la dictadura franquista, en esta Biblioteca Virtual. [[https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/UNIVERSIDAD\\_Y\\_SOCIEDAD\\_Enero\\_2021\\_compressed-1.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/UNIVERSIDAD_Y_SOCIEDAD_Enero_2021_compressed-1.pdf); [https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/de-la-educacion\\_esp](https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/de-la-educacion_esp)].

Hoy se hundan los asideros mentales del hombre porque todo es cambio en torno a él, y cambio que tiende a hacerse más general y acelerado por la desaparición de los puntos de referencia, las formas de autoridad y la cooperación tradicionales. Se han liquidado la tradición y todas las formas de autoridad, dejando a los hombres inermes ante el mensaje de los medios, que tienden a vivir de la publicidad. Tras la larga etapa de empirismo y la revolución que supuso la ciencia experimental, ésta se ha transformado en un conocimiento instrumental, al subordinarse a las necesidades productivas, y el científico en un especialista. A lo que hay que unir el desinterés del capitalismo por el conocimiento de las leyes de la realidad y su interés exclusivo por la producción del beneficio a cualquier coste; lo que ha llevado al imperio del fideísmo, la ignorancia enciclopédica y el conocimiento recetario, con sus graves consecuencias: el bloqueo del desarrollo del conocimiento general [de la ciencia en forma de exposición lógica y orgánica], necesario para la enseñanza, la divulgación y la orientación del hombre común; la imposibilidad de descubrir las lagunas del conocimiento empírico: y la inviabilidad de la crítica, al imponerse el especialismo, con lo que la ciencia se hace irracional y se propende al fideísmo y al renacimiento del principio de autoridad.

En estas condiciones, aunque la ciencia como conocimiento integrado podría ser el asidero permanente del hombre, el hombre se encuentra sólo y desorientado y en medio de masas imponentes de datos inconexos. Necesita una imagen integrada de la realidad, y la universidad debería proporcionársela, creándola y difundíendola. Pero no será fácil.

El fomento de la capacidad de pensar en la formación de los científicos es uno de los problemas actuales más difíciles de resolver. Tradicionalmente no se planteaba: el conocimiento objetivo –producto de la actividad práctica- se materializaba en los instrumentos y en las cosas, la actividad práctica y la actividad intelectual estaban aisladas entre sí, y la no contradicción interna era el único criterio de validez de la actividad del intelectual [aislada de la práctica]. Pero la revolución industrial tuvo graves repercusiones sobre la integridad del trabajo y la actividad intelectual. Las mismas máquinas que liberaron al obrero del trabajo manual le privan hoy de la experiencia de la realidad objetiva, abocándole al idealismo y la evasión. Ciertamente, la industrialización forzó la aplicación de la ciencia a la producción, como guía de la actividad práctica, con el fomento consiguiente de la innovación técnica, la racionalidad económica, el método experimental, las ciencias naturales, la mejora de los sistemas de enseñanza y la creación de universidades y escuelas técnicas dotadas de laboratorios con aparatos complejos con los que poder simular los más complejos procedimientos de fabricación. Pero el ejercicio de la experimentación, aunque generoso, no basta para alcanzar una capacidad objetiva para el pensar objetivo, dado que en la vida actual son muchos los factores que empujan al idealismo y a la evasión.

El examen subjetivo de conciencia, cumplido de manera sincera y consciente, y como ejercicio para el pensar objetivo, podría servir de base para la aparición de una conducta genuinamente humana. Pero, para ello habría que impulsar la creación y la difusión del pensamiento científico general. La atomización actual de la ciencia y la enseñanza, la falta de guía [en la ciencia actual] para la orientación total de la conducta humana, la dirección de los asuntos humanos (sociales, políticos y económicos), la conservación del equilibrio de la naturaleza, la planificación de la propia ciencia y la

depuración del estado actual de las ciencias –muy grave-, entre otros problemas, requieren una ciencia (relativamente) general.

Ante el crecimiento desbordante de los conocimientos y la necesidad de especializarse, la impotencia de la especialización por la renuncia a la totalidad y el renacimiento del criterio de la autoridad con la parcelación de la realidad y el dictamen de los “expertos”, hay que fomentar la organización del conocimiento. Hay que dominar el caos actual impulsando la aparición de leyes cada vez más abarcadoras [más sintetizadoras] a partir del crecimiento fabuloso de los datos. Es necesario trabajar en un nuevo frente de conocimiento –la ciencia pura: la ciencia imagen y guía ante la realidad- a partir de tres puntos de arranque básicos: 1, la crítica científica, para separar lo que es conocimiento de la realidad de las técnicas para obtenerlo y de los falsos conocimientos; 2, la investigación pura o básica, para llenar las lagunas que deja la investigación de la producción y los servicios, y facilitar la crítica y la síntesis de los conocimientos; y 3, la organización del conocimiento que busca leyes generales que abarquen, incorporen y expliquen grandes constelaciones de datos, esforzándose por conseguir leyes y teorías cada vez más generales y más explicativas. La unidad y coherencia del universo y la unilateralidad de las leyes de la realidad garantizan su posibilidad.

¿Puede hacerlo la filosofía? La filosofía actual, ciertamente no, porque es una filosofía producida por y para profesores de filosofía, con centro en la interpretación exegética y la búsqueda del conocimiento en el pensamiento filosófico del pasado desde una idea anárquica de la razón humana. Ciertamente,

« (...) el pensamiento del pasado puede proporcionarnos muchas enseñanzas. De hecho, nos las proporciona constantemente, de tres modos: por su asunción activa [operante] en nuestro propio pensamiento; al estar en los libros como una forma de memoria, mostrándonos las vías que se han revelado muertas y las que han sido fecundas; y como materializado en las herramientas, los utensilios y toda la naturaleza transformada por el hombre a lo largo de la historia, al haberle servido para conducir su actividad. De ahí que nos sea imposible desentendernos del pasado en general y del pensamiento elaborado por las generaciones pasadas, como forma más elevada de su actividad, como la decantación de ésta.»

Pero la dialéctica del hombre y el medio humano impide que una época pueda resolver por adelantado los problemas de otra posterior.

Necesitamos que la filosofía deje de ser simple amor a la ciencia para ser realmente una ciencia que colabore con las ciencias creadoras, elaboradoras del conocimiento y de las imágenes parciales [especializadas] de la realidad. El puesto real de la filosofía como ciencia es, ante todo, la elaboración de una visión sintética de la realidad sobre la base de las visiones sintéticas parciales de las diferentes ciencias particulares en función de la coherencia interna de su contenido parcial, deduciendo las leyes generales por las que se rigen los procesos de la realidad a partir de aquéllas. A lo que cabe añadir la historia del conocimiento general de la realidad, la génesis y evolución de los instrumentos del conocimiento [representación, conceptos, categorías], las leyes formales del conocimiento [lógica], el origen y evolución de las leyes generales del conocimiento y de las leyes generales del conocimiento en su relación con las leyes generales de la realidad, así como el análisis crítico de la coherencia de la visión de la realidad obtenida a partir de los resultados parciales de

las ciencias, y el estudio crítico evolutivo de la imagen actual de la realidad [comparándola y explicándola en función de la evolución de las imágenes elaboradas por cada época], así como del conocimiento en general [apoyándose en los documentos escritos, en las distintas producciones humanas –arte, arquitectura, utensilios, herramientas, etc.- y en el lenguaje].

### ***Posibilidad de construir una imagen general de la realidad: de la ciencia al pensamiento general***

La cuarta sección se completa con un último capítulo sobre la «Posibilidad de construir una imagen general de la realidad: de la ciencia al pensamiento general», con cuatro apartados:<sup>11</sup> “Consideraciones sobre la naturaleza y la función general de la ciencia”, “La ciencia como contenido y forma de la conciencia humana”, “Valor y significación de la biología para la formación intelectual” y “La biología como ciencia: caracteres generales”.

Por de pronto, como fondo común de todas las conciencias, el conocimiento general humano constituye la racionalidad de un país o una época, siendo su relación con la ciencia siempre dialéctica: el conocimiento general posibilita las vocaciones científicas, la comprensión social de la ciencia y el progreso de ésta; y la ciencia alimenta, a su vez, el conocimiento general.

Como elaboración especializada de conocimiento, la ciencia tiene la misma naturaleza que la actividad práctica productiva. Ahora bien, mientras en el trabajo el papel preponderante corresponde a la acción y lo que importa es el resultado, en la investigación científica el conocimiento acumulado se desarrolla por sí mismo y se verifica mediante la experimentación, siendo lo más importante la recogida de experiencia con el fin de integrarla en conocimiento. Esta concepción contrasta, ciertamente, con la concepción libresco de la ciencia. Pero la simple distinción entre conocimiento elaborado y conocimiento como proceso basta de por sí para la descalificación de esta última. Por lo demás, la responsable de toda concepción inmanente del conocimiento es precisamente la facilidad de la asimilación del conocimiento elaborado por la mente individual, aunque ésta sea por otra parte, a su vez, la condición de posibilidad del conocimiento en fase de realización.

Hoy el método se ha convertido en el centro de atención de muchos científicos ante la dificultad de la exploración de la realidad; y de ahí que la proliferación de métodos [entendidos como aplicación instrumental de conocimiento previo: como procedimientos operatorios, normas de acción y aparatos de observación y análisis] haya venido a enmascarar el conocimiento científico genuino.

La experiencia humana condiciona siempre la actividad del hombre en sus más diversas formas; y el establecimiento de fines, la elección de medios y la comprobación de su adecuación están en función del éxito de la acción. Pero, en la actualidad, la presencia de la ciencia en toda actividad humana plantea dos nuevas exigencias: el conocimiento práctico de los diversos artefactos y el conocimiento necesario para

---

<sup>11</sup> El primero y la primera parte del segundo aparecieron en la primera edición con el título «Naturaleza y función general del conocimiento», como segundo apartado del «Programa de Introducción a la Filosofía»; el resto es inédito.

orientarse en el medio, esto es, un esquema de la realidad (que incluya la complejidad de ese medio). Y esto último puede proporcionarlo la ciencia.

Ante la proliferación de las teorías sobre el proceso de formación de la conciencia humana, habría que comenzar por diferenciar la conciencia genérica animal del hombre y su conciencia específicamente humana, como esquema ideal de la realidad. La conciencia genéricamente animal se forma en el hombre a partir de la asociación de las primeras percepciones no lingüísticas y de las palabras, como materia y forma de la misma, pero el dominio del lenguaje al surgir la especie humana supone un salto dialéctico de la cantidad a la cualidad, con relación a la conciencia animal, que da lugar a un nuevo nivel de integración de la realidad.

La formación de la conciencia de cada hombre para interpretar y regular el comportamiento personal conforme a las exigencias de la convivencia humana corresponde a la formación del núcleo de su personalidad, mediante una doble clave: el lenguaje, como primer especificador y organizador de las vivencias subjetivas, y los fines del grupo social que se inculcan al niño mediante la educación. A diferencia de la formación de la conciencia especializada –desprovista de lo afectivo y memorística– sobre la realidad no humana, esto último es fácil de comprender. Pero la conciencia específica humana puede explicarse a su vez mediante la dialéctica del componente emocional y el componente puramente cognitivo de la experiencia, al ir este último de lo concreto a lo abstracto –al concepto, a la ley, a la teoría– y responder tan sólo a la dinámica de los conceptos.

Tanto la primera como la segunda forma de la conciencia del hombre se componen de abstracciones, y responden a un mismo proceso de abstracción y generalización. La conciencia genéricamente animal se representa siempre en relación con las cosas o los procesos. Pero la percepción integrada de la realidad, por medio del lenguaje, resuelve la contradicción entre la percepción [el contenido concreto de las imágenes] y la palabra [el análisis y la clasificación de las percepciones]. La familiaridad con los objetos [el trabajo] lleva a la cristalización de la representación creciente de las propiedades del objeto y de la palabra en el concepto. Y la representación de los diversos conceptos, como síntesis de las relaciones constitutivas del objeto con su medio, al tender de por sí a la unidad, acaba dando origen a la forma de conciencia exclusiva del hombre.

Esto explica también la importancia del factor integrador en el proceso de desarrollo de la conciencia, en general, y en la formación intelectual, en particular. La contradicción entre los datos sensoriales y su ordenación lingüística es sólo aparente. Todos los entes y procesos constitutivos de la realidad son interdependientes; las cosas no son sino procesos en equilibrio; el orden nace del condicionamiento mutuo de las cosas entre sí; y en la realidad no existe el azar. Al orden indiferenciado de lo inorgánico se contraponen el orden jerarquizado de lo orgánico; cada percepción es un núcleo de un orden que tiende a organizarse con otras percepciones de su misma categoría; y, tanto en los animales como en el hombre, las percepciones se organizan conforme a las exigencias de la realidad y forzadas por las necesidades vitales determinantes de la acción.

La existencia de un centro ordenador de las representaciones [la primera forma de conciencia], centro que culmina en el mamífero superior con el sistema nervioso

centralizado en el cerebro, es esencial para la supervivencia del animal; pero en el hombre ese centro ordenador es extraordinariamente lábil y susceptible de un desarrollo indefinido. La ordenación centralizada y unificada del individuo animal, que tiene como base un sistema nervioso relativamente unificado, adquiere en el hombre una estructura más general y abstracta en función del lenguaje. La relación entre la acción y experiencia animal es siempre dialéctica; y la constitución de la conciencia humana resulta de la unidad dialéctica de la acción y la experiencia del hombre, en el nivel humano o, para decirlo quizás con mayor precisión, en el nivel antropológico.

Con esto, cambia la organización de la experiencia en la especie humana: pasa de estar condicionada por las necesidades vitales a estarlo por la estructura objetiva de la realidad. En principio, toda actividad humana, cualquiera que sea su tipo, adquiere sentido y significación dentro del marco constituido por las necesidades vitales. Con la acumulación de experiencia y el progreso de las formas de organización del conocimiento, se fortalecen sus tendencias internas a organizarse conforme a la estructura de la realidad objetiva, con el conflicto consiguiente entre las dos tendencias organizadoras de la experiencia: la que viene determinada por las necesidades vitales humanas y la que se ha desarrollado a partir de los gérmenes de organización presentes en la experiencia misma como trasunto de la estructura objetiva de la realidad. Hoy, el extraordinario desarrollo de las ciencias exige una reorganización de la experiencia y del conocimiento conforme a la estructura objetiva de la realidad, como único guía seguro de la actividad humana.

En la actualidad, la ciencia –cuyo carácter básico es la objetividad– es un factor decisivo para el desenvolvimiento de la vida humana, pero –en razón de su especialización y de la debilidad de su integración– ha perdido la carga emocional que resulta del sentido y conexión de cada actividad humana con las necesidades vitales generales y con el entramado global de la realidad. No obstante, no hay alternativa: o se utiliza la ciencia como orientadora y guía de la conducta humana, proporcionando una imagen de la realidad que organice conocimientos conforme al entramado de las necesidades humanas, o se caerá en una desorientación desoladora, al no disponerse de una imagen coherente de la realidad alternativa. Ahora bien, de los conjuntos de conocimientos científicos hoy existentes [ciencias de lo inorgánico y ciencias del ser vivo], los más congruentes con la conciencia humana y los más aptos para constituir la, son los conseguidos por las ciencias del hombre y por la biología como ciencia del ser vivo.

La observación de los seres vivos, en concreto, es la base preferente de la abstracción, la generalización y la vivencia de la coherencia causal y la capacidad integradora de la experiencia humana. De ahí las ventajas de lo viviente como conocimiento nuclear inicial, germen de la conciencia humana y de todo el desarrollo posterior de la inteligencia, y de la transición de una teoría general de los seres vivos con fines prácticos a la biología de Darwin, primero, y de la teoría de la evolución de los seres vivos por selección natural a la explicación de cualquier fenómeno en términos de su naturaleza y de su evolución, en la actualidad.

La ciencia genuina de los seres vivos se constituyó a raíz de la superación del conocimiento operativo, descriptivo y metafísico de los mismos a la biología propiamente científica, de Darwin. Hoy incluye una serie de ramas fundamentales y varias ciencias auxiliares, siendo dos sus cuestiones básicas: el problema del método,

mediante la subordinación de los procedimientos operatorios y las técnicas de observación al conocimiento del ser vivo; y la formación de científicos y la dirección de la actividad humana relacionada con los seres vivos, como funciones del conocimiento biológico.

## **V. LA ELABORACIÓN DE LA CONCEPCIÓN DEL HOMBRE**

Los presupuestos biológicos de la toma de noticia del medio humano por parte del hombre, que se han sentado en la sección anterior, constituyen la base para *La Elaboración de la Concepción del Hombre* mediante la integración de los textos disponibles, en los tres capítulos de esta quinta sección, a partir de la experiencia histórica general, la ciencia y la técnica, y el arte y la literatura.<sup>12</sup>

### ***A partir de la experiencia histórica general***

El primer capítulo se abre con una breve nota introductoria –«El conocimiento como pauta de la actividad general del hombre. Abordaje preliminar»-, con la que se sitúa la historia humana en el conjunto de la realidad. En virtud de la dialéctica del ser y el medio, el comportamiento es la ley del ser. Dada la coherencia general, la evolución y los niveles de complejidad de la organización y el comportamiento de todos los seres, la “toma de noticia del medio” constituye la clave del comportamiento del ser vivo, siendo, a su vez, la “toma de noticia” genéricamente animal la clave de la conciencia y el comportamiento humanos.

Sigue luego otra nota similar sobre «La racionalización de la realidad» en razón del encauzamiento de los procesos naturales al servicio o en beneficio de los propósitos humanos frente a lo imprevisto y lo inevitable, y en orden a la seguridad, mejora y orientación conjunta de la realización del hombre. Esto lleva al apunte del desarrollo histórico de las formas ilusorias o abstractas de racionalización de la realidad y su doble germen de verdad: la existencia de un orden en la naturaleza y la anticipación potencial del dominio de ésta por el hombre. Lo que, unido al extraordinario desarrollo de las técnicas y del dominio práctico de la realidad, incluyendo la racionalización de lo natural en el propio hombre al combatir el desorden mental, intelectual o emocional, viene a culminar con la lucha fundamental de nuestro tiempo: la racionalización de las relaciones entre los hombres y entre éstos los productos humanos.

Esto se completa con otro texto breve –«Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia»-.<sup>13</sup> Tras esbozar la problemática a tratar, se aborda la naturaleza general de la ciencia como guía o instrumento conductor de la actividad humana en el manejo, producción y aplicación de las herramientas y en el trato con los hombres, se resaltan el uso y fabricación de herramientas y el lenguaje y la consiguiente comunicabilidad de la experiencia humana, como fundamento de la posibilidad de la

---

<sup>12</sup> A lo que habría que añadir la ciencia de la cultura, desplazada a la siguiente sección para facilitar la comprensión del lector.

<sup>13</sup> En este caso correspondiente a la primera sesión del curso «Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia», organizado por la Comisión de Ciencias del Club de Amigos de la Unesco de Madrid, en el primer semestre de 1965 y con un guion de conjunto elaborado aprovechando el índice y la lectura del libro *Science in History*, de John D. Bernal, editado en Londres en 1964. [Véase el Apéndice 6.4.]

ciencia, y se apunta la relación dialéctica entre el paso de la herramienta primaria a la gama especializada de herramientas y la evolución similar de la formación de los conceptos.

Se aborda luego «El nacimiento de la ciencia moderna» a partir de la ciencia pre-experimental, como clave de su comprensión, y de la crítica de la ciencia antigua, clásica y medieval, resaltando tres grandes procesos históricos: la orientación inicial del saber teológico sacerdotal, desvinculado de la actividad productiva y duplicado de la organización tribal, como arma político-ideológica de dominación; su depuración histórica relativa como saber especulativo, abstracto y general, y su diversificación en varias ramas [astronomía y astrología, alquimia, psicología, filosofía, matemáticas y demás]; y la reducción de la miseria y el embrutecimiento de los trabajadores y de la aversión al trabajo de los intelectuales, más la comunicación entre ambos grupos sociales, como clave de la superación coyuntural tradicional del estancamiento de la cultura material y del desarrollo relativo del saber especulativo. Y, todo ello, para concluir con la paradójica situación final del medievo, dado el progreso de la técnica y la cultura material de los trabajadores en contraste con el formalismo extremo de la cultura intelectual, y con el paso final de la represión feudal al cálculo comercial como estímulo racionalizador.

Esto viene a enlazar con el tratamiento de la transición «De la Revolución Comercial a la Revolución Industrial». Por de pronto, las repercusiones sociales y económicas de la aparición y el desarrollo del mercado llevan a la superación de las contradicciones de la forma feudal de producción y al impulso de la Revolución Comercial y de nuevas formas de integración social. Las transformaciones sociales y económicas tienen, a su vez, importantes repercusiones políticas y culturales: aparecen las grandes ciudades artesanales y mercantiles, se constituye la monarquía cortesana y se configura el “estado nacional”; decae la “nobleza de guerrera” y ascienden la “nobleza de toga” y el patriarcado burgués; y se imponen el cultivo del derecho y el control de las universidades por la “nobleza de toga”, y el realismo y la búsqueda del brillo cultural por parte de los patricios, con la consiguiente eclosión científica, literaria y artística de los siglos XVI y XVII. Todo lo cual viene a culminar con el imperio de la Revolución Industrial, las metrópolis urbanas y los grandes estados coloniales. Con un grave coste para la ciencia, por cierto, al ser sustituido el cultivo decimonónico de la ciencia por la ciencia y el predominio tradicional de la concepción general del mundo por la ciencia “experimental” y aplicada y su especialización creciente, al servicio del capital. De ahí el estancamiento actual de la ciencia y el bloqueo de la concepción científica del mundo y de su difusión entre la gente común.

Todo lo cual se enriquece y se completa al reivindicar la «Idea y función actual de la ciencia», insistiendo en la importancia actual de la idea tradicional de la ciencia y en la necesidad de cambiar la idea del público sobre su naturaleza y su función. La ciencia pura fue siempre la idea predominante y la Revolución Industrial es la principal responsable de su abandono actual. Como es sabido, el desarrollo técnico fue en principio al encuentro con la ciencia, pero con la sustitución del técnico por el ingeniero y del taller y la fábrica por el laboratorio, se abandonó la ciencia pura y se puso la ciencia al servicio de la técnica. La Segunda Revolución Industrial fue el resultado de la aplicación de las nuevas ciencias experimentales al desarrollo de la producción, con la consiguiente sustitución del laboratorio universitario por el

laboratorio empresarial. En el período de entreguerras se acentuó la unidad de la ciencia y de la técnica, pero fue algo coyuntural. De ahí la situación actual. Pero, por lo mismo, hoy se impone el control democrático del progreso incontenible de la ciencia como clave de la independencia y la dignidad de un país, y la superación de la idea de la ciencia como algo esotérico y propio de superdotados y hombres carismáticos, por la ciencia como algo comprensible por administradores y ciudadanos.

En fin, hay todavía un manuscrito [inacabado] –«Algunas perspectivas de futuro» que resalta la importancia de la ciencia y la convivencia social como factores culturales con mayor posibilidad de desarrollo. La de la primera, porque la técnica continúa siendo en fundamento del verdadero humanismo, pese a las luces y sombras que ofrece la extensión actual de la mecanización y la automatización a todos los sectores de la producción y los servicios, puesto que, al mismo tiempo que libera a muchos hombres de la esclavitud y de lo penoso del trabajo, acarrea la pérdida de la relación animal con la naturaleza; y la segunda, porque persiste la necesidad del cuidado y aprendizaje de las crías, en virtud del origen y la naturaleza del hombre y del medio humano. Persisten, tanto la transformación progresiva del ambiente natural en medio humano, hasta agotarlo prácticamente, como la formación del individuo humano en un medio constituido por los artefactos técnicos, sociales y lingüístico-simbólicos inventados por el hombre, comenzando por los brazos desnudos de la madre. Y, pese a la absorción creciente del ambiente natural por el medio humano, la complejidad y la seguridad creciente del mismo suponen nuevas exigencias de adaptación por parte de las nuevas generaciones.

### ***A partir de la ciencia y la técnica***

Por lo demás, el grueso de los trabajos reunidos en el libro *Ciencia, técnica y humanismo* (1973), que datan de los años sesenta,<sup>14</sup> vienen a ser una versión notoriamente ampliada y mejorada de la temática anterior, con centro en la ciencia y en la técnica.

### ***La actividad humana, raíz del conocimiento***

«La actividad humana, raíz del conocimiento», que es el objeto del primero, se aborda mediante cuatro apartados: “La forma general de la ciencia”, “Trabajo y conocimiento”, “El trato con los hombres como fuente de experiencia” y “Los componentes intelectuales y emocionales del conocimiento de lo humano”.

En tanto que la experiencia es el conjunto de representaciones registradas en el curso de la acción, el conocimiento resulta de la reiteración de las experiencias humanas, siendo la ciencia la forma superior de la organización del mismo. La acción tiene tres componentes [imaginativo-intelectual, emocional y fisiológico-neuronal], siendo el trabajo la actividad predominante en la vida del hombre. Mientras el trabajo se define como “toda actividad humana dirigida a la adaptación del hombre a la naturaleza”, las herramientas lo hacen como “los medios de que se vale el hombre para modificar la naturaleza convirtiéndola en medio humano” y la cultura, como el “conjunto de objetos materiales e ideales creados [producidos] por el hombre que funcionan como intermediarios de su adaptación a la naturaleza”. Y, al ser la acción

---

<sup>14</sup> En este libro sólo se han incluido los índices analíticos del propio Eloy Terrón.

herramental la base de la experiencia humana, el conocimiento, como organización conceptual de la misma, se perfecciona mediante la dialéctica de la acción herramental y la experiencia conceptual, reduciendo progresivamente lo penoso del trabajo.

Tanto en las relaciones con las cosas como en las relaciones con otros hombres el ser humano obtiene dos tipos de experiencia: el conocimiento objetivo de las cosas y su sentido y finalidad, que no es un fin en sí mismo sino un medio para hacer más eficaz la acción del hombre. La conciencia humana es el resultado evolutivo de la interacción social con las cosas en la formación del conocimiento y de la interacción entre los hombres. El uso de herramientas se traduce en cambios somáticos, psíquicos y sociales importantes, comenzando por la constitución de las manos como nueva fuente de experiencia, ya con el homínido. A lo que hay que añadir la “domesticación” del individuo humano en razón de su nacimiento precoz, con la necesidad consiguiente de la crianza de los hijos, y el origen de la familia, al ser la organización social la condición de supervivencia del individuo, y la relación con otras personas la relación formativa primaria de la conciencia infantil.

El conocimiento objetivo del doble componente –intelectual y emocional- de la conciencia humana es difícil. En la génesis de ésta intervienen significativamente las relaciones sociales, en tanto que la convivencia humana posibilita la adquisición de los propósitos organizadores del grupo social por cada individuo, y el trabajo y otros campos de las relaciones entre los hombres alimentan el desarrollo del componente emocional en la experiencia de lo humano.

Por lo demás, la finalidad y el sentido del conocimiento humano son dobles: el fomento de la ciencia como la visión intelectual de la realidad que sirve para guiar eficazmente la acción humana, que es siempre concreta; y el estímulo de la acción humana como paso de la situación dada a la situación anticipada.

### *Ciencia, técnica y humanismo*

El capítulo «Ciencia, técnica y humanismo» se despliega igualmente en varios apartados: “Naturaleza y papel de la ciencia”, “La ciencia en la etapa preindustrial (hasta 1848, aproximadamente)”, “La ciencia en la era industrial”, “La ciencia y la técnica”, “Ciencia, técnica y humanismo” y “El amor a la ciencia y a la humanidad es uno y lo mismo”.

Ante el confusionismo actual en torno a la concepción de la ciencia, hay que insistir en la naturaleza de la ciencia como forma de organizar y sistematizar la experiencia humana y en su papel como guía para conducir la actividad humana total como reflejo de la realidad en la conciencia humana. Pues una cosa son el conjunto de conocimientos más o menos sistematizados nacidos de la actividad productiva y otra, bien distinta, las ciencias en cuanto conocimiento de los procesos de la naturaleza, propio del científico, cuya formación le permite recoger experiencia de modo sistemático e interpretarla en función de otros procesos y otros datos.

Por lo demás, en la etapa preindustrial había una mayoría que “producía” y poseía los datos que le proporcionaba la experiencia productiva pero, por una parte, esa mayoría no disponía del tiempo ni del entrenamiento necesario para poder reflexionar sobre ella, y, por otra, la minoría dominante, sin experiencia productiva. “pensaba” concepciones del mundo convenientes a sus propósitos. Esto explica la

orientación totalizadora e ideológica de la ciencia clásica, la visión del científico como un hombre elegido y la de la ciencia como inspiración y revelación.

Al iniciarse la era industrial surgen una serie de factores transformadores. La aplicación de la ciencia a la actividad productiva impulsa la experimentación y la especialización con la producción de bienes y servicios como fin primordial. Las organizaciones sociales cambian. La actividad científica aumenta cuantitativamente y el número de científicos se multiplica. Pero el científico se convierte en un “artesano” de una determinada parcela de saber, con las consiguientes limitaciones, comenzando por la carencia de una visión de conjunto y su confusión más allá de su especialidad. Esto hace que la ciencia acabe convirtiéndose en la fuente más poderosa de irracionalidad y que, mientras se exalta la técnica como resultado de su concepción mágica, abstracta y teórica, se ignora que el factor primordial de la ciencia objetiva, organizada y sistemática, como fuente de progreso humano, es el conocimiento del uso de los objetos.

Pese a todo, la ciencia y la técnica –resultado del hacerse humano del hombre– siguen siendo irrenunciables, pues de ellas depende la liberación de todos los hombres de la miseria, del carácter penoso del trabajo y de la alienación, objetivo del humanismo genuino. Es más, en realidad, el amor a la ciencia y a la humanidad es uno y lo mismo, y hoy es perfectamente posible poner fin a la subordinación de la ciencia a la producción y construir una concepción científica de la realidad, accesible a todo hombre, como clave del comienzo de la auténtica historia de la humanidad.

### *Raíces de la tecnología moderna*

Hasta el Renacimiento, la tradición intelectual y el conocimiento técnico-productivo marcharon cada una por su lado, pero su integración dio entonces lugar al origen de la ciencia experimental. Con todo –pese al desarrollo del laboratorio y las nuevas necesidades técnicas del científico, cuyo aislamiento de las actividades productivas tradicionales tuvo, pese a ello, beneficios teóricos notorios–, ciencia y técnica siguieron cada una por su lado hasta el siglo XIX. Luego, tras los progresos del industrialismo a lo largo de ese siglo, con la renovación industrial desde finales del mismo, la investigación científica pasó a centrarse en los procesos productivos, la industria capitalista penetró en la Universidad y se impuso la trampa del pragmatismo.

### *Cambio y permanencia (La ciencia, único asidero del hombre actual)*

En el cuarto capítulo se vuelve sobre buena parte de todo esto, ampliándolo y precisándolo a lo largo de seis apartados: “Cambia la realidad o cambia la conciencia que conoce?”; “Experiencia y conciencia (experiencia animal y experiencia humana)”;

“La recogida de experiencia en la actividad productiva”; “La investigación como recogida especializada de experiencia”; “El neo-empirismo o la ciencia al servicio del capitalismo industrial”; y “La ciencia como conocimiento integrado, asidero permanente del hombre”.<sup>15</sup>

Ante el contraste entre la lentitud del desarrollo científico y la imagen popular actual de la ciencia –“¡todo cambia!”–, conviene subrayar la inexistencia de cambio

---

<sup>15</sup> En el tercer capítulo de la cuarta sección, «El papel de la filosofía como ciencia», se ha incluido como nota b el texto del último apartado.

real —a escala histórica humana- en los niveles inorgánicos y orgánicos de la realidad. De hecho, desde la aparición del hombre, el cambio pasa únicamente a través de su actividad en su enfrentamiento con la naturaleza, con el consiguiente progreso de la experiencia humana, lo que, a su vez, impulsa el cambio de la organización social y política y el de la configuración de la conciencia del individuo humano.

La experiencia, como resultado de la acción y huella de la relación existencial del animal con su medio, y la conciencia, como producto de la experiencia, “interiorizada” y convertida en un esquema o reflejo de esa “realidad”, están estrechamente relacionadas: si la experiencia es la fuente de datos de la conciencia, ésta condiciona estrictamente, a su vez, la experiencia mediante un proceso selectivo, bien explicado por la teoría de los reflejos condicionados, de Paulov. La diferencia entre la experiencia animal y humana la experiencia radica precisamente en la ruptura de la cadena del estímulo-respuesta animal al transmutarse las necesidades biológicas del hombre en “fines” u objetivos sociales por la interferencia de las herramientas y la comunicación sociolingüística.

Hay diversos tipos de trabajo, como fuente de experiencia y de relación del hombre con su trabajo; y la recogida de experiencia en la actividad productiva, como fuente capital de datos para el progreso del conocimiento, viene doblemente condicionada: por la forma de realizar el trabajo y por la actitud del hombre ante él, que depende del destino del fruto del propio trabajo.

La primera etapa de la investigación como recogida especializada de experiencia va del Renacimiento al siglo XVIII: la ciencia empírica predomina entonces sobre la ciencia experimental, que está al servicio de la ciencia teórica y cuyo propósito básico es el estudio de los procesos naturales con independencia de la acción humana. Sigue luego una etapa de transición: progresan la investigación y la innovación tecnológica aplicada a la industria, que tienden a converger; los científicos resisten la presión del capital; y se desarrollan la ciencia pura y la ciencia aplicada. Pero la industria privada va captando progresivamente a los científicos, y finalmente se impone el cultivo de la ciencia al servicio de la industria y del sistema capitalista de producción, que paradójicamente necesita cada vez más experiencia productiva y no puede obtenerla ya del obrero; de ahí su sustitución por el laboratorio industrial.

Esto último tiene aspectos positivos, comenzando por la multiplicación de los bienes y servicios, pero también negativos. La industria capitalista compra la ciencia adaptada a la lógica de la oferta y la demanda, propia del mercado. El empresario anda a la “caza del sabio”. El científico se pone al servicio de la industria bélica. El dominio de la especialización y el neoempirismo distorsionan la finalidad primordial de la ciencia. Y el hombre se encierra sólo y desorientado en medio de masas imponentes de datos inconexos. Necesita una imagen integrada de la realidad. La Universidad podría proporcionársela si se ocupara de dos labores fundamentales: crear una concepción científica del mundo a partir de los resultados teóricos del cultivo de las ciencias básicas y difundirla entre la gente común.

No será fácil. En las condiciones socioculturales actuales ha decaído la crítica de libros, el científico independiente ha sido sustituido por el científico al servicio de la empresa y conforme a sus directrices, hay una inflación de publicaciones especializadas, imperan la especialización y aun la superespecialización, y se ha roto

con la visión histórica de la ciencia. Pero es necesario hacerlo. La crítica tiene un valor intrínseco para el progreso de la ciencia. Hay que recuperar la visión histórica de las ciencias y superar el encasillamiento de las especializaciones y las ciencias singulares por medio de la interrelación coherente de los resultados teóricos de las disciplinas básicas y elaborar una visión de conjunto conforme a los mismos. Y la Universidad podría hacerlo.

Esto último nos lleva al problema pedagógico de la enseñanza.

La actividad práctica y el conocimiento son las dos formas –y los dos medios- de relación de la conciencia humana con la realidad, y cada nuevo individuo accede a ésta a través de la cultura acumulada que le es enseñada. La experiencia corrige la teoría y la teoría alimenta la experiencia, por lo que ambas son imprescindibles, y el individuo, que se guía en principio por el equipo de conocimientos con que le dota la sociedad, lo critica en función del conocimiento que gana con la práctica. Pero, aunque esta dialéctica ha facilitado el progreso de las ciencias a nivel empírico, su influencia sobre las grandes concepciones de la realidad ha sido mucho menor.

Al nivel de sus formulaciones concretas, el conocimiento se confronta activamente mediante la enseñanza, comenzando por la clave problemática principal de ésta. A saber: la extracción de un esquema de los conocimientos de cada ciencia, fácil de asimilar y que contribuya a la organización de la conciencia y a la dirección del comportamiento del individuo. Hay que entresacar y elegir un esquema apto para la enseñanza de todo lo que se investiga y conoce. El esquema teórico conceptual elaborado a partir del cuerpo de conocimientos de una determinada rama de la ciencia es la única variable independiente para la resolución óptima del problema del científico-pedagogo, frente al resto de los factores, independientes de su voluntad. Su tarea es, ante todo, elaborar un esquema teórico-conceptual de su disciplina y de los medios para transferirlo a la conciencia en formación del alumno, para comprobar, después, su eficacia en función del progreso crítico del alumno y de la potencialidad del esquema teórico-conceptual para “colmar lagunas”, dar cuenta de los datos e integrar teorías. Pero, dado que la complejidad de sus problemas tiene como centro la dialéctica entre individuo y medio, también necesita dominar el pensamiento general, científico-natural y científico-social.

Por otra parte, para resolver sus problemas, complejos y urgentes, y verificar sus teorías, el desarrollo de la industria y los servicios requiere hoy equipos de investigación con determinadas exigencias morales y teóricas. En la investigación en equipo lo ideal es impulsar una doble forma de división del trabajo: una división horizontal entre los investigadores de base, en función de la distribución de técnicas y datos; y una división vertical, en razón de la organización de la dirección del equipo en diversos planos dentro de una misma rama: investigadores de base, jefes de sección y jefes de equipo. Pero esta última requiere también el dominio de una ciencia lo suficientemente amplia para poder explicar unas cosas en función de otras, así como esquemas conceptuales elaborados en equipo y con una aplicación realmente práctica, para encuadrar y dirigir la investigación, y como condición de su perfeccionamiento y del ejercicio de la actividad crítica en el plano de las teorías.

De modo que, tanto en la Universidad como en la empresa, habría que comenzar por pasar del empirismo hoy dominante a la colaboración entre científicos

especializados en la recogida de los datos y científicos especializados en la elaboración de teorías cada vez más coherentes y eficaces.

### ***A partir de la literatura y el arte***

En tanto que sobre la literatura únicamente contamos con un texto, breve e inacabado –«Ciencia y literatura»-, Eloy Terrón hizo, en el verano de 1956, un alto en la preparación de su tesis doctoral para ocuparse del arte, a guisa de prólogo, a raíz de un problema que le planteó traducción del libro de Winkelmann, *Reflexiones sobre la imitación de las obras de arte griegas en la pintura y en la escultura*.

«Ciencia y literatura», en concreto, se abre con de la revisión crítica del tópico “ciencias versus letras”, habida cuenta de que hasta mediados del siglo XIX se entendió por literatura toda producción escrita, siendo la identidad del origen y los fines de unas y otras, el objeto en principio del texto, aunque sólo llega a abordarse la problemática de la aplicación del conocimiento y la ruptura de la unidad de la ciencia.

En tanto que la ciencia primitiva, el conocimiento general resultado de la observación sensorial y la interpretación teórica con independencia del conocimiento “operativo” fueron producto de la actividad productiva, la base común de las ciencias y las letras fue la visión especulativa, antropológica y general de la naturaleza. Y así continuó siéndolo hasta su alejamiento creciente a raíz del origen y las causas históricas de la ciencia moderna, la objetividad, exactitud y especialización de los científicos y la ruptura final de éstos con el lenguaje y la imagen común del mundo.

En cuanto al prólogo en cuestión, se publicaría en 1970 con el título *Posibilidad de la Estética como ciencia (El hacerse de su objeto y la evolución de los sentimientos humanos)*. Tras plantear a modo de introducción la problemática de las leyes generales del desarrollo de toda ciencia y las condiciones necesarias de existencia de cualquiera de ellas, el libro se estructura a base de unas reflexiones sobre los rasgos peculiares de Estética como ciencia, el hacerse histórico de su objeto y lo bello y las artes, y de un apunte de los rasgos generales de un sistema de Estética. A saber: la Estética como ciencia de los sentimientos humanos, el arte en el entramado de la cultura nacional y los problemas básicos de la unidad de la forma y el contenido, el partidismo en el arte, la dialéctica del artista y su medio, la historia de los sentimientos como parte de la historia de la cultura y los grandes artes como impulsoras de la tradición nacional.

## **VI. CONTRIBUCION A LA CIENCIA DE LA CULTURA**

En la sexta sección –que tendría que haber sido el cuarto capítulo de la anterior, con el epígrafe *A partir de la ciencia*- se reúne los materiales relacionados con la orientación del hombre a partir de la ciencia de la cultura, entendiendo por cultura el nivel antropológico de la evolución de la realidad, con su doble dimensión, subjetiva y objetiva.

La tesis central de «El humanismo como alienación: la cultura (el hombre transforma su medio y lo humaniza)» –publicado con el título «La ciencia de la cultura.

Introducción a una teoría de la alienación» en 1965, aunque data de 1958- está bien clara.

«El conocimiento del hombre es imposible sin el conocimiento de la cultura, y ésta es inexplicable en su forma o fase actual sin la comprensión de su desarrollo, del proceso que ha seguido hasta la actualidad. Por lo tanto, se va convirtiendo en una tarea indispensable la constitución de una ciencia que permita examinar de una manera panorámica, omnicomprendiva, la totalidad de las obras humanas. Esta visión de conjunto es necesaria fundamentalmente para poder valorar la conducta humana, y para poder situar justamente cada objeto cultural en su lugar y disponer así de una jerarquía de valores humanos.»

Por de pronto, la cultura es algo objetivo. A saber, todo cuanto ha producido el hombre a lo largo de su existencia sobre la Tierra: es decir, la naturaleza transformada por el hombre [la cultura material] y la reproducción social y simbólico-lingüística del hombre y del medio humano [la cultura social y la cultura espiritual]. Por lo demás, en tanto que su mente humana es configurada por la interiorización de la cultura, los hombres construyen socialmente la cultura.

¿Puede acaso la cultura ser objeto de una ciencia? Una ciencia no es tal en tanto no se constituye con su propio sistema de conceptos, categorías y de leyes, y la ciencia puede definirse de un modo general como un conjunto de experiencias adquiridas a través de la actividad práctica aplicables a situaciones futuras. Ahora bien, todos los elementos de una cultura suponen un nivel de cooperación social, una vida material y una mentalidad comunes, lo que posibilita la integración de la masa de conocimientos históricos y etnográficos acumulados, hasta ahora dispersos y semiorganizados, en orden a la constitución de una ciencia de la cultura.

De hecho, tras determinadas anticipaciones en la antigüedad y en la modernidad, Morgan, Tylor y Durkheim ensayaron la fundamentación científica de la cultura en el siglo XIX, imponiéndose además la diferenciación entre antropología cultural (o etnografía) y ciencia de la cultura. Ésta continuó constituyéndose como tal, aun con limitaciones, con Boas y Malinowski, primero, y Kroeber y White, después, entre otros. Pero hoy es posible completar todos esos trabajos previos y constituir la ciencia del hombre como ciencia sistemática de la cultura.

La cultura resulta de la alienación del hombre, y éste es, a su vez, producto objetivo de la internalización subjetiva de la cultura. Por eso, el humanismo genuino, que comenzó con el conocimiento de las obras humanas, puede identificarse hoy con la ciencia de la cultura.

«Aquí está la gran contradicción del hombre. Sólo puede devenir tal al precio de enajenarse a sí mismo, su esencia, en lo otro, en la naturaleza. Sólo al precio de alienar su esencia en una materia exterior puede el hombre hallarse a sí mismo humano, más enriquecido, más hombre. El verdadero conocimiento del hombre está en sus obras: ellas dan testimonio de lo que ha sido; y en el conocimiento de estas obras radica el verdadero humanismo. Pero este humanismo no es posible sin un conjunto sistemático de conocimientos que abarquen la totalidad de las obras humanas, dándoles sentido y buscando las leyes de su naturaleza significativa. Por eso, todos los esfuerzos por constituir una ciencia de la cultura son los esfuerzos por una mejor conocimiento del hombre; son pasos hacia delante en el camino del verdadero humanismo.»

---

«El salto del primate al hombre» fue objeto de sendas conferencias en el Colegio de Médicos de Las Palmas de Gran Canaria, a mediados de agosto de 1964, y en la Escuela de Ingenieros Industriales de Valencia, el 3 de marzo de 1967.

En la primera, Eloy Terrón indica, a modo de introducción, cómo llegó a abordar «El salto del primate al hombre», como sociólogo, al intentar entender –al modo lógico hegeliano, y no al histórico concreto- la propia sociedad. Se centra luego en “el salto de nivel propiamente dicho” con el paso del animal al hombre, al esbozar el proceso genealógico de los primates hasta el homínido, como antecedentes biológicos inmediatos del hombre, conforme a la interpretación de la evolución conjunta de los animales y su medio por parte de Faustino Cordón en un trabajo reciente.<sup>16</sup> Y acaba propugnando el origen aparición de un nuevo nivel de integración de la realidad –el antropológico- con el surgimiento del hombre y de su medio biológico [la cultura, entendida como la triple trama constituida por la sociedad, el uso y la fabricación de herramientas y la comunicación lingüístico-simbólica, como ventajas selectivas de la especie humana].

Esta conferencia tuvo, además, cierto eco polémico en la prensa local. Ya el mismo día en que iba a impartirse, en la mañana del 13 de agosto, apareció en la sección “El Meridiano de la Ciudad” del *Diario de Las Palmas* una entrevista con Perdomo Azopardo: “EVOLUCIONISMO. Conferencias en Las Palmas: «El salto del primate al hombre. En la actualidad están demostradas las teorías de Darwin»”. El periodista reproducía las respuestas de Eloy Terrón a sus preguntas sobre la confirmación o no de *La descendencia del hombre*, de Darwin, por la biología actual, la oposición de la Iglesia a la teoría de la evolución hasta Pio XII, el estado de la cuestión del paso del primate al hombre y la significación particular de la inmadurez de la cría humana, la división de género del trabajo en la sociedad parental y la educación. Pero a las tres semanas, el 8 de septiembre, el teólogo Martín Sarmientos difundía su *Contrarréplica* en la columna “En Voz Alta” del *Eco de Canarias*, tras aludir a un reciente artículo en la prensa local sobre la evolución biológica “que ha colmado nuestra capacidad de asombro”: la santa sede se opuso a la posibilidad de la evolución y ordenó retirar las obras de Teilhard de Chardin; Pio XII admite la posibilidad, no el hecho, de la evolución; el principio metafísico de que la causa no puede producir un efecto de distinta especie basta de por sí para ridiculizar la teoría de Darwin; y, aunque algunos teólogos hablan de evolución, sólo pueden hacerlo si ésta viene respaldada por datos, y no por teorías.

Como es lógico, la segunda conferencia sobre esta problemática es ya bastante más precisa, desde el título -«El salto del primate al hombre y el origen natural de la conciencia»- a su principal conclusión.

«El lenguaje (...) es una actividad propia del hombre, puesto que, (...), sólo en él adquiere una función nueva, al convertirse en el sistema organizado de conciencia que estructura, orienta y dirige la conducta de los individuos. (...). Es más: ese nuevo modo de actividad que es el lenguaje informa, configura y da sentido al “medio” creado por el hombre, en el medio natural, para acoger, arropar y preservar a los niños,

---

<sup>16</sup> «La evolución conjunta de los animales como base para entender el organismo animal» (*Revista de Occidente*, 7, 1963),

absolutamente indefensos. Este medio está constituido por tres elementos: la organización social, los resultados del trabajo humano y el lenguaje. Pero los dos primeros están soldados y penetrados por el tercero. Y toda la transformación realizada por el hombre con su trabajo sobre la superficie de la Tierra –toda la transformación de la corteza terrestre- no es otra cosa que el “medio” creado por el hombre para acoger y agrupar a los nuevos miembros y para proporcionarles una vida más satisfactoria y más segura.»

---

El texto inédito «Humanismo ateo y catolicismo» tuvo origen en el debate, en uno de los círculos intelectuales de Eloy Terrón, sobre la posibilidad del diálogo –tan de actualidad en ese momento histórico en España-, entre ateos y católicos. Mientras sus interlocutores lo negaban, Eloy Terrón, tras un largo rodeo antropológico, sociológico e histórico, llega a la siguiente conclusión:

«Si se practica un humanismo ateo consecuente, la cooperación en el plano intelectual, la colaboración en las actividades humanas corrientes e incluso la amistad con católicos son perfectamente posibles».

Es imposible elaborar una concepción científica del mundo si no es a partir del conocimiento del origen y desarrollo del hombre y de la cultura, por débil y fragmentario que aún sea. Por lo demás, el humanismo ateo se diferencia del ateísmo a secas porque da cuenta y razón del porqué se plantea el problema de la negación de la existencia de Dios.

El hombre se distingue de los animales por la cooperación social, la capacidad de fabricar herramientas, la actitud para comunicarse con los demás (y para pensar) y la absoluta necesidad de nacer y ser modelado por la cultura de un determinado grupo. Por lo mismo, esos son también los materiales fundamentales con los que los hombres crearon a sus dioses, y en especial lo esencial de las religiones más modernas. Esto es, el poder extraordinario de los deseos expresados en palabras [el poder de la palabra, que es la esencia de la fe, las imprecaciones, los sortilegios, los encantamientos y las súplicas] y lo contradictorio del mismo, al poner al hombre frente a un ser que, para él, es la misma omnipotencia, cuando ésta no es, en realidad, sino la trasposición del poder supraindividual de la sociedad considerada como un todo a un ser ilusorio.

La finalidad de las tres cualidades fundamentales de la naturaleza humana es la consecución –por medio de la cooperación social, la mejora de las herramientas y la comunicación lingüístico-simbólica de la experiencia y el conocimiento- de alimentos y otros recursos constantes y de protección contra las variaciones térmicas del medio natural y las agresiones externas; esto es, conseguir la mayor seguridad posible.

El trabajo, como la actividad más característica y definidora del hombre, es la válvula de su seguridad y de su independencia del ambiente natural. Hay una estrecha relación entre el trabajo, la seguridad del futuro y la imaginación creadora del hombre. Pues, como los resultados de su acción no eran en muchos inmediatos, el hombre quiso asegurarse su consecución mediante una acción subsidiaria, valiéndose de la magia, la superstición y la religión. El hombre trabaja y sufre todas las pesadumbres y peligros que el trabajo puede llevar consigo porque su imaginación creadora le permite anticipar las satisfacciones que le habrán de producir los resultados de su trabajo, y, tanto la magia como las religiones, tienen como función básica y primordial el control

de los acontecimientos futuros que puedan influir, para bien o para mal, en un grupo humano.

La imaginación creadora del hombre tiene su fundamento en que todo trabajo, por simple que sea, lleva consigo e implica la formalización de un plan que determina el futuro. En el trabajo el hombre coopera como causa y se enriquece como resultado, en tanto que la misma imaginación creadora, como capacidad para anticipar los acontecimientos futuros, da origen a todas las formas subsidiarias –mágicas o religiosas- de asegurarse el futuro y de condicionar los acontecimientos destinados a influir en la vida humana.

Ahora bien, mientras no se consiga en el dominio de la conducta de grandes masas la misma precisión del resultado que hemos logrado en la previsión de los acontecimientos de la naturaleza, persistirá el dominio de unos hombres por otros y la dependencia de éstos en la realización de sus vidas continuará siendo una fuente de motivaciones y acciones subsidiarias mágicas y religiosas.

Magia y religión corresponden fundamentalmente a las dos grandes fases de la vida humana: la de la sociedad parental, cuando la humanidad vivía en grupos ligados por relaciones de sangre, y la sociedad de clases, cuando la humanidad se organizó en dos grupos sociales básicos, dominadores y dominados. La sociedad dividida en clases nació, como culminación de dos procesos que, en fondo, no se diferencian mucho: la conquista de una comunidad por otra o la conversión de algunos miembros de la comunidad en dominadores de su propio grupo. Ese camino llevó de la producción de bienes a la producción de hombres –esclavos, siervos y obreros- productores de bienes, dando origen a una de las contradicciones más sorprendentes de la historia de la humanidad, ya que el valor de un hombre –lo que vale realmente un hombre- se descubrió justamente por el mayor envilecimiento del mismo al convertirlo en esclavo, en cosa. De hecho, la esclavización del hombre por el hombre constituyó el fundamento de los grandes estados esclavistas de Oriente medio, de Grecia y Roma, y, en realidad, de toda la historia posterior.

Los moradores de las comunidades de campesinos buscaron escapar a su envilecimiento de las dos únicas formas posibles: apoyándose unos en los otros para hacer más llevadera su miserable vida e imaginando formas distintas de una vida en un mundo supraterráneo en el que todo les será fácil y donde se les recompensará por tanto padecimiento terrenal.

Esa misma situación dio, en Oriente Medio, origen a las grandes religiones del corazón, que aparecen entre los siglos VIII y V antes de la era vulgar, tras las religiones del ritual. Para entonces, las masas miserables, además de la imagen todopoderosa de los señores, disponían de los elementos necesarios para imaginarse un nuevo tipo de dios: el nuevo sentimiento de un amor que hermana a todos los hombres –un sentimiento de solidaridad entre todos los desgraciados-, pero, sobre todo, otro sentimiento nuevo que responde a la idea de justicia, que debe presidir las relaciones entre los hombres; reforzado además –para señalar el alejamiento del dios así creado- por el sentimiento de vivir transitoriamente en un mundo que no era el suyo, un mundo lleno de padecimientos, un valle de lágrimas.

Confinado en Guareña (Badajoz) pocos días antes de la declaración del estado de excepción impuesto por la dictadura franquista en febrero de 1969, Eloy Terrón

tomo allí conciencia de la influencia de la distribución espacial de la vivienda en la psicología típica del campesinado como una cuestión del máximo interés para comprender la historia de España de los últimos tres o cuatro siglos: «Fuenteovejuna -concluiría- no podría darse (“¡todos a una!”) en el Norte». Y, una vez de vuelta en Madrid, abordó el tratamiento sistemático de la cuestión -«Socialización del hombre y disposición de la vivienda. (En fase de realización)»-, centrándose de momento en la forma de poblamiento disperso y semidisperso, de los caseríos y aldeas del norte húmedo peninsular.

En principio, la producción de la subjetividad se configura y se desarrolla en virtud de la adaptación al grupo, la comunicación verbal y el aprendizaje de la técnica. Pero, desde la aparición de la sociedad de clases, la producción de hombres (como reproducción de la fuerza de trabajo) pasó a ser una tarea adicional de una parte de ellos –los esclavos, siervos y obreros-, no de todos, con el consiguiente retraso histórico-cultural del desarrollo de la personalidad, en razón de la organización clasista, racista y dogmática de la sociedad. Un fenómeno, por cierto capital, para explicar la evolución de la sociedad española en general y para entender el predominio del factor religioso en la vida social y política de los españoles, en particular.

Las relaciones interpersonales son los cauces primarios a través de los cuales llegan al individuo los contenidos fundamentales que constituirán su subjetividad [su conciencia], en función de la frecuencia, fluidez, riqueza y desarrollo de las mismas. Dichas relaciones son la base de la construcción de la subjetividad en la infancia y la adolescencia, y de su desarrollo posterior en la adultez; el individuo forja su espíritu en sus relaciones personales con los demás. Pero la frecuencia y la eficacia de éstas han estado históricamente condicionada por la disposición de la vivienda, como el factor objetivo quizás más determinante. De modo que, en tanto que la densidad de las relaciones sociales significativas explicaría el fomento de la libertad física y espiritual del individuo en los grandes pueblos y en las pequeñas ciudades, su pobreza sería la razón fundamental del desarrollo elemental de la estructura básica de la personalidad en las aldeas y caseríos. Es más: el condicionamiento de la psicología de la población por la forma de poblamiento resulta clave para entender la España de los últimos 150 años, así como la larga persistencia del feudalismo en las regiones de población dispersa del norte peninsular, al constituir la dispersión y el aislamiento de la población la condición óptima para el establecimiento y el afianzamiento del mismo, con sus características formas de explotación y de violencia material y espiritual, o militar y religiosa.

«Por lo demás, esa pobreza de las relaciones sociales significativas hace a los individuos muy vulnerables frente a la agresión física y espiritual, sobre todo, frente a esta última. La falta de relaciones sociales aumenta la insolidaridad; el aislamiento espacial es la base del aislamiento social e intelectual, y esto hace que las poblaciones dispersas o agrupadas en pequeños grupos sean fácilmente dominables.»

«Así se explica la supervivencia del feudalismo hasta tiempos muy recientes en aquellas regiones de nuestro país en que la población vive más dispersa: Galicia, zonas agrícolas de Asturias, Santander, Provincias Vascongadas, Navarra, norte de Cataluña y demás. La oposición radical entre las gentes de las ciudades de esas regiones (liberales y progresistas) y las de sus zonas rurales (fervorosa y ardientemente carlistas) sorprende a todo el que se enfrenta al estudio de nuestras guerras civiles de los siglos XIX y XX. Pero incluso este fenómeno, tan importante y que ha condicionado tanto el

desarrollo sociocultural de nuestro país, ha carecido hasta ahora de explicación, cuando es vital encontrarla para reducir las fuertes tensiones que nos desgarran.»

---

Como en el caso de los fundamentos epistemológicos y teóricos, nada más instalarse en Madrid, Eloy Terrón tomó sus primeras notas y referencias bibliográficas de teoría e historia de la cultura en un cuaderno personal, materiales más que suficientes para prologar en 1954 *Los derechos del hombre*, y abordar con rigor la significación cultural de Tom Paine y su obra.

«El agudo sentido crítico de Thomas Paine –su aguda crítica de los viejos sistemas de gobierno puede considerarse ciertamente como definitiva-, su profunda conciencia social, su amor y entusiasmo por el *hombre común*, su honestidad moral y científica, hacen de él uno de los hombres en más alto grado merecedor de la gratitud de la humanidad contemporánea.»

En cuanto a la obra de Paine, es una contribución más a la constitución de la ciencia política como “sistema teórico estrechamente ligado a la experiencia –la historia y la verificación de la realidad presente”- por los teóricos de la democracia en la Revolución americana.

Eloy Terrón contrapone la ciencia política así entendida a la filosofía política al uso, «basada únicamente en la especulación pura, con leves referencias a la historia idealizada»; y esboza a renglón seguido las principales etapas biográficas de Paine, interpretándolas como reacción a determinados estímulos culturales, resaltando sobre todo su humanismo democrático y su internacionalismo político, en el momento de la Revolución americana, y su contribución particular a la ciencia política, en el de la Revolución francesa.

Al alcanzar la madurez política, Paine publica *El sentido común* (1776) para “formar la conciencia del hombre común de las colonias y hacerle concebir una idea clara de la necesidad de la independencia y de la justeza del momento para lograrla”. Y, en el momento de su plenitud intelectual, enriquece la ciencia política con *Los derechos del hombre* (1791-1792); sobre todo, por su crítica aguda y definitiva de los regímenes hereditarios, monarquía y aristocracia, por la formulación del régimen republicano, sobre la base de las experiencias de la Revolución americana y de la Revolución francesa, y por el esbozo de una Sociedad de Naciones a partir de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra, como árbitro de los conflictos entre las naciones y del desarme general.

Por lo demás, Tom Paine será ante todo para Eloy Terrón un modelo a imitar, como intelectual del pueblo y de las clases dominadas. De hecho, ése es también su propio proyecto de vida, materializado ya desde ahora en su magisterio oral en toda clase de ambientes sociales del hombre común, comenzando por el Club de Amigos de la Unesco de Madrid [CAUM].

Aunque ingresa en el CAUM el 11 de marzo de 1963 con el número de socio 296 coincidiendo con el lanzamiento público de la institución, el 20 de enero de 1963, es muy posible que Eloy Terrón estuviera ya entre los intelectuales críticos con la dictadura y los cuadros comunistas que pusieron en marcha la institución en 1961. Eso explicaría su participación activa en las comisiones de educación, ciencia y cultura, y el número excepcional de sus intervenciones orales en cursillos, conferencias y mesas

redondas, ya en estos primeros años:<sup>17</sup> «La educación actual en la encrucijada» (1964); «Inauguración del centenario de Unamuno» (1964); «Curso de introducción a la sociología (1965); «Introducción histórica a un panorama actual de la ciencia: La ciencia en las primeras sociedades o La agricultura y los orígenes de la civilización hasta el Renacimiento» (abril y mayo de 1965); «Galileo y la sociedad de su época» (1965); «Derechos humanos y sociedad» (1966); «El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos»(1966); «Paz, ciencia, técnica y humanismo» (1966); «Introducción a las ciencias sociales» (1968); etcétera.<sup>18</sup>

---

En «Derechos humanos y sociedad» prosigue el esclarecimiento de la historia de la cultura.

«Voy a tratar de desarrollar ante Vds. cómo los hombres, lentamente, van conquistando sus derechos y cómo, a medida que alcanzan nuevos derechos, van considerando como sujetos de derecho a un número cada vez más extenso de hombres; esto es, cómo ensanchan de modo progresivo el sentimiento de solidaridad humana hasta llegar a un momento en el que comprende a todos los hombres, de modo que la sociedad y la humanidad se identifican, y en el que las masas de todos los pueblos toman conciencia de sí mismas y de su fuerza y se proponen determinar su propio destino.»

«Como estudioso de las sociedades humanas, me permitirán que para desarrollar y esclarecer mejor el tema me valga de una breve excursión histórica, pues tengo una gran predilección por aquel mandato de Aristóteles: “Para conocer una cosa no basta saber lo que es sino que hay que saber también cómo llegó a ser lo que es”.».

Por de pronto, cuando se habla de “derechos humanos y sociedad” se está tratando en realidad de un determinado tipo de sociedad. A saber: de la sociedad histórica, la “sociedad dividida” en clases.

En un determinado momento del desarrollo del hombre y de la cultura, la humanidad pasó del imperio de la solidaridad y la reciprocidad, característico de la sociedad parental, primitiva y sin leyes escritas, a la “sociedad dividida” en clases sociales y los orígenes de la historia. Luego vino el reforzamiento eficaz del dominio de unos hombres por otros mediante la fuerza exclusiva de las armas y el terror físico con el enmascaramiento de la explotación de las clases populares por la clase dominante valiéndose de los recursos culturales de la violencia simbólica y el terror espiritual.

A partir de ahí hay que contraponer la reproducción y el impulso de la cultura material y espiritual por parte de las clases explotadas a la especialización de una fracción significativa de la clase dominante en la creación y el perfeccionamiento de las organizaciones y los dispositivos culturales para el dominio de unos hombres por otros. Pero, con todo, al superarse el insularismo cultural con el ensanchamiento del Estado por Alejandro Magno y Roma, pudo progresarse hacia el reconocimiento universal de los derechos del hombre. De hecho, el derecho positivo fue ya una primera gran

---

<sup>17</sup> Véase mi artículo «El magisterio oral de Eloy Terrón en el Club de Amigos de la Unesco de Madrid» en esta misma Biblioteca Virtual.

<https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/bibliografia>

<https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/2016.-El-magisterio-oral-de-Eloy-Terr%C3%B3n-en-el-CAUM.docx>

<sup>18</sup> Véase el Apéndice 6.

conquista histórica de las masas expoliadas, tras una larga lucha impulsada por la experiencia, las ideas-sentimientos y las condiciones de vida colectivas; de hecho, las religiones de la pureza de la conciencia, la rectitud de la conducta y la solidaridad –las religiones del corazón–, pueden considerarse como la segunda gran conquista histórica de las masas expoliadas.

El cristianismo, en concreto, fue una síntesis grandiosa de las conquistas intelectuales y emocionales previas de las masas, que, en Occidente, impulsó además la resistencia popular frente a la opresión hasta el siglo XII. Luego, a la recaída feudal en el insularismo político y la reiniciación de la lucha de las masas por sus derechos en la baja edad media, siguió la creación burguesa de una nueva forma de riqueza y del Estado nacional al comienzo de la edad moderna; y a la revolución comercial y el dominio colonial de los pueblos, la revolución burguesa y el reconocimiento universal de los derechos del hombre y del ciudadano en el siglo XVIII. La primera mitad del siglo XIX fue la época de la asimilación de la burguesía por la vieja clase dominante, pero también la del comienzo de la lucha teórica y político-social de las masas frente a la degradación de su existencia material y espiritual. En cuanto al presente, la creación de organizaciones mundiales como garantía de la paz y el progreso de los pueblos hacia la unidad y la concordia de la humanidad es para nosotros cuestión de vida y muerte.

---

En cuanto a la problemática de la cultura hoy día, Eloy Terrón se ocupó ya de ella en la comunicación enviada al Congreso Mundial de Sociología (celebrado en México en 1960) «La corrupción en la época actual» (1960), comenzando por resaltar que la clave de su auge tiene que ser sociocultural.

«La naturaleza humana es una constante, que, como tal, no puede explicar un hecho nuevo ni ser su causa. De modo que, cuando algo nuevo se produce en la sociedad humana, hay que buscar su origen en los factores variables, y por lo tanto externos al hombre, y no en las peculiaridades de su naturaleza. Los factores variables superiores del hombre, y hoy portadores de la evolución, son la cultura y la sociedad, por lo que un examen científico de las causas de la inmoralidad en las sociedades actuales tiene que buscar esas causas en ellas.»

De hecho, intenta explicarla por una serie de factores objetivos. A saber: factores sociales como la lógica sociocultural del ciclo clasista del consumo conspicuo, junto a la de la gran ciudad en contraste con el pueblo y la pequeña ciudad; factores originados por el desarrollo técnico, como la sociedad de consumo, las grandes facilidades para viajar y las técnicas de comunicación de masas; factores de origen económico, comenzando por la lógica del beneficio, el desarrollo de la publicidad, el impulso de la moda y las nuevas formas de venta, valiéndose de las nuevas técnicas psicológicas de sugestión, creación y difusión de prototipos a través de los medios de comunicación y de la explotación de la intimidación del hombre mediante la publicidad; y factores de origen cultural, como el imperio del *especialismo*, con la pérdida consiguiente de la visión de conjunto y el abandono del cultivo de los sentimientos sociales básicos.

---

La serie *Juventud y Sociedad de consumo*, publicada en la *Gran Enciclopedia del Mundo*, con ocho entradas publicadas entre 1964 y 1974, e incluida en su día en esta

Biblioteca virtual,<sup>19</sup> apunta precisamente a la lógica cultural de los países capitalistas avanzados, con centro precisamente en esa doble cuestión.

Así, al abordar la «Educación Social», se resalta ante todo la educación como condición de existencia de toda sociedad y de todo hombre. En el resto de las especies animales, cada individuo lucha por sobrevivir en el medio biológico de su especie desde el momento mismo de su nacimiento sin más armas que sus cualidades congénitas. Pero en el caso del hombre no ocurre lo mismo. El niño nace en un estado por completo inerte. Sólo sobrevive –en los brazos de la madre- por el amor de los adultos del grupo. Y –a diferencia de las especies animales- se desarrolla en un medio que no tiene como núcleo el conjunto de especies animales y vegetales de las que depende su supervivencia, sino la sociedad trabada por la palabra [de ahí, lo de “educación social”]; o, por decirlo con mayor precisión, la cultura, con su triple trama –social, técnica y simbólico-lingüística- característica.

Por lo mismo, la educación del niño consiste en su domesticación en el propio grupo social de convivencia; y su resultado es la modelación cultural de la conciencia y la personalidad del individuo. Por eso, la conciencia del niño es, en principio, una “conciencia extraña”, producto de la interiorización psíquica de las maneras, normas y valores del grupo. Aunque, con el aprendizaje técnico y la integración en el trabajo [con la transición al estado adulto], se entra en la etapa de la conciencia intencional.

Ahora bien, en tanto que en las sociedades parentales primitivas –igualitarias- la educación garantizaba la identidad entre la conciencia de los individuos y la organización social de convivencia,

«en la sociedad dividida en clases el proceso educativo, constituido por la configuración de la personalidad y el aprendizaje, tiende a reducirse a pura instrucción, y el bloqueo de la educación se manifiesta en forma de neurosis.»

Con el tratamiento de «La juventud como problema social» se desarrolla algo más todo esto. La juventud –una fase del desarrollo de la personalidad y la edad en que se completa el aprendizaje- está condicionada por la organización de la sociedad y por el nivel de su desarrollo técnico. En las sociedades tribales, la incorporación de los muchachos a la vida activa se retrasaba en razón de un aprendizaje más completo y general, y las necesidades sociales se armonizaban con los procesos productivos y con la eficacia de sus técnicas. Pero, desde la aparición de la sociedad de clases tras la producción de un excedente apreciable como base de la acumulación de la riqueza, la clase trabajadora se vio obligada a incorporar a sus hijos a las tareas productivas tan pronto como eran capaces de hacer algo.

A partir de la Revolución Industrial, y coincidiendo con la intensificación de la división y la lucha entre las clases sociales, se fue imponiendo la necesidad de una formación más larga y completa de los trabajadores. Pero quienes procedían de los estratos inferiores de la clase media, de la pequeña burguesía y de los trabajadores calificados encontraron dificultades para acceder a puestos de trabajo adecuados. Y eso, unido a la ausencia de toda formación de los sentimientos y a la “neutralidad”

---

<sup>19</sup> [https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1964-1974\\_JUVENTUD\\_Y\\_SOCIEDAD\\_DE\\_CONSUMO.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/1964-1974_JUVENTUD_Y_SOCIEDAD_DE_CONSUMO.pdf)  
<https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/sociologia>

ideológica y la orientación puramente técnica creciente del sistema escolar, acabó por generar profundas contradicciones vitales y explosiones irracionales en la juventud.

Una fórmula para contrarrestar tales contradicciones fue la de los dirigentes totalitarios nazi-fascistas, que reorientaron la rebeldía juvenil contra la democracia burguesa, tras la conclusión de la Primera Guerra Mundial. Otra, posterior, viene siendo la de los grandes industriales desde la consolidación de la sociedad de consumo: el consumo dirigido. Aunque, en cualquier caso,

«la clave del comportamiento social de los jóvenes radica, en definitiva, en la formación “neutral” profesional que se les da y en el modelamiento contradictorio de su conciencia por una sociedad profundamente dividida.»

Un problema importante de la sociedad industrial actual –que afecta, por cierto, sobre todo a la juventud- es el que se apunta en el artículo «Drogas. Efectos psíquicos y motivación social», junto con las claves sociales del mismo.

«El problema capital de las toxicomanías es hoy el del gran número de personas –adolescentes y jóvenes, sobre todo- que toman drogas públicamente, que se jactan de hacerlo y que hacen propaganda y proselitismo para conseguir nuevos drogadictos, para hacerles partícipes de su propia felicidad.»

.....  
«La motivación fundamental de las toxicomanías en las sociedades industriales avanzadas es la opresión social difusa: la contradicción entre la obsesión por la felicidad adquisitiva y la carencia de la formación emocional necesaria para disfrutar de las cosas, y el deseo de encontrar algún modo de iluminación en la irracionalidad creciente de las sociedades dominadas por el afán de lucro.»

De hecho, la cuestión de la «Juventud, sentido de su rebeldía» puede explicarse bien a partir del análisis de los principales cambios culturales que se han producido en los países capitalistas industriales avanzados al imponerse la sociedad de consumo. Porque son esos cambios culturales los que determinan los rasgos psicológicos característicos de la rebeldía juvenil en la misma. A saber: sumisión a la enseñanza formal, carencia del sentido del gusto, fascinación adquisitiva, rechazo de la disciplina del trabajo y una concepción por completo abstracta de la libertad.

«Ya están en presencia todos los elementos que pueden explicar las rebeliones juveniles. Un número muy grande de jóvenes, nutridos, vestidos, sin responsabilidades, incitados constantemente a disfrutar de todos los placeres ideados por los servicios de comercialización de las empresas. Aunque, frente a sus deseos ingenuos, está el precio a pagar: la dura disciplina empresarial y la no menos dura disciplina del consumo. Y, como tercera vía, la libertad abstracta de negarse a la una y la otra. Ahora bien, rechazar la disciplina del trabajo es fascinante, pero implica rehusar la emocionante satisfacción adquisitiva, que se convierte rápidamente en la férrea disciplina del consumidor teledirigido, encajado en la “espiral de prestigio” en razón del consumo. De modo que los jóvenes, en cuanto grupo menos condicionado de consumidores, vacilan, se sienten confusos y adoptan actitudes contradictorias, que van desde la marginación pasiva –como en el caso de los hippies- hasta formas de rebelión violenta contra el orden establecido.»

La reflexión sobre la «Moda: significado y función social» es ya una buena introducción al estudio general de la sociedad de consumo. Hasta el siglo XIX, los principales factores de los cambios en la historia de la moda –con centro siempre en el

vestido y el calzado- fueron el progreso técnico y el afán del consumo ostensible y diferencial, como código de la cultura, la educación y la psicología de la clase ociosa, y como base de la distinción social de las clases privilegiadas y de la legitimación de su posición privilegiada en la jerarquía del poder y de la posición social. Pero, en el siglo XX, lo que se impuso en los países capitalistas más avanzados fue la alianza de la gran empresa, los medios publicitarios y los “héroes del consumo”, para domesticar a las masas mediante la tiranía de la moda. Ahora bien,

«una vez que los habitantes de un país –sobre todo si es tan grande como los Estados Unidos- entran en la espiral del consumo prestigioso y se someten gustosos a la domesticación [a la disciplina] publicitaria, las grandes industrias pueden planear con un amplio margen de seguridad su futuro desarrollo.»

Aunque no por completo. Pues una parte de los jóvenes de la clase dirigente –intelectuales y universitarios- abrieron ya la primera brecha en esa “espiral del prestigio” al romper con los convencionalismos sociales que constituían su base de apoyo y la de los estímulos publicitarios montados en torno a ella; y, una vez abierta, esa brecha se fue ensanchando para dar paso a otros jóvenes, de capas cada vez más bajas de la sociedad.

Con todo, el esclarecimiento de la lógica de la espiral de prestigio impuesta por la tiranía de la moda resulta decisivo para comprensión de la dominación capitalista, una vez que el consumo ostensible y diferencial se subordina al afán de lucro del capital.

Hoy, en los países capitalistas avanzados, la «Sociedad de consumo», como garante de la disciplina del trabajo y de la realización de la producción, es el principal dispositivo cultural de la integración social de las masas y la clave última de la psicología típica de las mismas: moda, culto a lo nuevo, crisis del principio de autoridad, rebeldía juvenil, libertarianismo e ilusión de la opulencia. Y todo ello, gracias sobre todo al imperio de la publicidad.

«La sociedad de consumo sería inexplicable sin la publicidad. Ésta es el poder omnipresente e irresistible que penetra en todas partes y que alcanza a todos. Es el factor por excelencia que condiciona la existencia del individuo en la sociedad de consumo y son millones las personas que se sienten satisfechas de ser modeladas por ella, en lo más íntimo. Es incluso capaz de hacer que los intereses, evidentes y precisos, de los grandes monopolios aparezcan como los deseos más íntimos y espontáneos de las masas. Es la forma más eficaz hasta ahora descubierta de dominar las conciencias.»

Por lo demás, la sociedad capitalista industrial conlleva también otro tipo de problemas sociales. Uno de ellos es el de «Los recursos humanos»: en la sociedad capitalista industrial la fuerza de trabajo aumenta y se diversifica, mientras se demora la racionalización del mercado laboral; y esto, cuando el conocimiento del “mercado nacional de trabajo” tendría un valor inapreciable para la orientación profesional de la juventud.

«La producción de bienes de producción, la producción de bienes de consumo y la producción de fuerza de trabajo constituyen un sistema en el que todos esos factores se condicionan unos a otros. De modo que, si el país elige, concretamente, el desarrollo industrial –apoyado en el turismo y en una agricultura capitalista, dotada de un buen olfato para las necesidades del mercado-, será posible prever las necesidades

en fuerza de trabajo para poder crear ese tipo de riqueza y los recursos de que se tendrá que disponer para invertirlos en la formación de esa misma fuerza de trabajo.»

Otra cuestión importante, en fin, es la de «Los profesionales», por el deterioro de sus condiciones de vida desde el segundo tercio del siglo XX con su asalaramiento progresivo, la liquidación de las profesiones liberales y el impacto de la inflación creciente (consecuencia de la política capitalista de pleno empleo, puesta en pie ante la consolidación de la URRS). Sobre todo, porque, mientras los obreros tienen una conciencia clara de sus condiciones materiales de existencia y luchan coherentemente por mejorarlas, los profesionales se encuentran bloqueados por la contradicción entre la degradación objetiva de sus “retribuciones” y su psicología “elitista”.

«Los profesionales, al menos en un número bastante elevado, se encuentran en condiciones objetivas similares o idénticas a las de los trabajadores. Con el agravante de que, mientras esas condiciones objetivas son simples y evidentes para el obrero, aparecen confusas y enmascaradas ante los profesionales. En el obrero, condiciones de vida y conciencia están al mismo nivel, son coherentes entre sí. En cambio y a pesar de su formación intelectual, los profesionales se encuentran en una posición más desfavorable, pues en su mayor parte carecen de conciencia de sus condiciones de vida, o tienen una imagen deformada de ellas.»

---

Las «Notas sobre la rebelión universal de los estudiantes (En fase de realización)», de 1968, se entienden perfectamente en este contexto.

Mientras la función básica tradicional de la Universidad fue la formación de los hijos de la clase dirigente, el desarrollo tecnológico de la sociedad capitalista industrial y de servicios tiene notorias consecuencias: hay una demanda creciente de graduados y se desarrolla el estrato social de los cuadros y los profesionales en general; la mediana y la pequeña empresa caen bajo el dominio de sus clientes, las grandes empresas monopolistas; y hace crisis la mentalidad pequeño-burguesa en las grandes masas con la expansión del consumo como factor de prestigio y signo de poder y con el desarrollo de los seguros sociales. En estas condiciones, la vacilación ideológica se impone entre los cuadros y en la pequeña burguesía; entre los cuadros, por la ambigüedad de su posición social; y en la pequeña burguesía, por su incertidumbre respecto al futuro y la necesidad de ideologías, dadas sus condiciones de vida. Una situación que se agrava en el caso de los hijos con la inculcación de ideologías conservadoras en su socialización primaria.

La diversidad social y el número de estudiantes aumentan notoriamente, con una mayoría de hijos de la mediana y la pequeña burguesía y de los “cuadros”, siendo sus condiciones reales de existencia y sus expectativas de vida la clave principal de las ideologías y de las rebeldías de esa mayoría frente a la sociedad de consumo.

El capital explota masivamente la ciencia, abandona las ciencias teóricas e ignora las nuevas exigencias de la diversificación capitalista de las profesiones y la necesidad estudiantil de “saber hacer”, y tanto las concepciones tradicionales del mundo como las normas y principios heterónomos se desmoronan. Los estudiantes fluctúan entre la pérdida de conciencia de clase y la toma de conciencia ideológica. Los rasgos generales de sus ideologías preferidas –apresuramiento, impacientismo, espontaneísmo [innovacionismo, exaltación de lo nuevo], anticomunismo

[antiburocratismo] y “libertarismo” espontaneísta- pueden deducirse en función de sus condiciones de vida y de sus expectativas frente al futuro. Critican la sociedad de consumo como alienante, y ciertamente lo es porque la sociedad capitalista constituye una nueva forma de alienación; pero ignoran que la auténtica y más inhumana alienación es la que originada por la insatisfacción de las necesidades básicas.

---

Todo lo anterior adquiere mayor profundidad explicativa en «La actividad intelectual en los países atrasados», un trabajo con cinco apartados, también de la segunda mitad de 1968.

“Conocimiento, actividad y organización social” viene a ser una introducción al conjunto. El trabajo –la actividad productiva, como actividad genuina humana-, es el origen y el fin de todo conocimiento. Pero, si bien la experiencia de todo hombre es integrable y socialmente comunicable de por sí, la recogida y el uso de la misma está siempre en función de la mayor o menor reciprocidad, solidaridad e igualdad de los individuos que componen la sociedad, y, por tanto, también, de la forma de la organización social.

«La recogida y la utilización de la experiencia social en la actividad productiva dependen de las relaciones entre los hombres, de la organización social. Es fácil advertir que las formas de organización social que fomentan y refuerzan las relaciones recíprocas entre todos los hombres sin excepción, dentro de la comunidad global, favorecen la recogida y la utilización de la experiencia social, y que las formas de organización social que implican la sumisión de unos hombres a otros, mediante el establecimiento de barreras de casta o de clase, por lo que se asignan todas las tareas penosas a unos hasta envilecerlos mientras se atribuyen toda la riqueza y todos los privilegios y ventajas a otros, retardan, dificultan y hasta impiden la recogida y la utilización de la experiencia social, del conocimiento.»

Por lo mismo, si se quieren sacar conclusiones que ayuden a la utilización de la experiencia elaborada por toda la humanidad por parte de los pueblos atrasados y a favor de éstos, habrá que estudiar la dialéctica de la experiencia y la organización social en la forma de producción tradicional, en la transición de la forma de producción tradicional a la forma de producción industrial y en la forma de producción industrial.

Por lo que respecta a la primera, el análisis riguroso de “La forma de producción tradicional y la función del conocimiento” basta de por sí para precisar los rasgos tecnológicos y sociales del modo de producción tradicional, así como para explicar la transición de la agricultura de subsistencia a la aparición del excedente, con el origen consiguiente del artesanado y la sociedad de clases. Pero, además, ese mismo análisis permite extraer otras conclusiones muy significativas. A saber: el enmascaramiento de la explotación con el progreso técnico y el aumento consiguiente del excedente; la interrupción del desarrollo del comercio y de la racionalidad económica, antes o después; la constitución de la tierra en centro de interés y causa de los antagonismos y luchas sociales; y el aumento inicial y el bloqueo posterior de la producción y del pensamiento en razón de la división de la sociedad en dos clases, de la legitimación de la misma y del envilecimiento de los trabajadores.

Ahora bien,

«si el análisis anterior de la organización social y de la actividad productiva en las sociedades basadas en la forma de producción tradicional es correcto, adquiere nuevo sentido el preguntarse por la naturaleza –en otras palabras, por la forma y el contenido- de la actividad intelectual en los países atrasados actuales y por la utilización del conocimiento en los mismos.»

No obstante, antes de afrontar la problemática de “La actividad intelectual y la utilización del conocimiento en los países atrasados”, habría que puntualizar un par de cosas más: la existencia de dos formas básicas de organización de la experiencia social –técnica y lingüística-, y el predominio de la primera en los países atrasados; y la distinción de dos grandes grupos de países atrasados: unos sin un desarrollo intelectual autóctono y otros con alguna tradición escrita, conceptual y científica [cálculo y esquemas mitológicos, cosmogónicos, religiosos, metafísicos y científicos], elaborada por una fracción importante de su clase dominante.

Esa fracción de la clase dominante impulsa su tradición intelectual con dos objetivos básicos: la mejora e intensificación del dominio de la clase dominante sobre las clases explotadas; y el perfeccionamiento de la práctica de la guerra, la caza y la diversión por parte de la propia clase dominante. Lo que explica el carácter de secta de los intelectuales y el sesgo irracional [esotérico y aristocrático] e ideológico de la concepción de la actividad intelectual por parte de los mismos, al ser la razón un patrimonio accesible a cualquier hombre.

«Aun así, es necesario y apremiante desmitificar la actividad intelectual. Hay que reducirla a sus justos límites e inculcar la concepción de que la actividad intelectual no es privilegio de algunos hombres, sino que está al alcance de todo hombre que cumpla una actividad, preferentemente productiva. La actividad intelectual –el pensamiento- es la actividad más propia y genuina del hombre como especie; y lo que sucede es que en la mayoría de los hombres se encuentra inhibida y obnubilada al haberseles impuesto el trabajar duramente y el vivir hundidos en la miseria.»

Por otra parte, antes de abordar el “Papel de la ciencia y la investigación en el conjunto cultural de los países atrasados”, también habría que analizar la naturaleza de la ciencia y la investigación. La primera puede definirse, operativamente, como la organización de la experiencia ganada en la actividad práctica; y la segunda, como el análisis del decurso de la acción, y de sus supuestos y resultados, en términos de magnitudes comparables. Pero, además, habría que distinguir entre conocimiento hecho y conocimiento como proceso, como momentos de la actividad científica, y entre investigación como alumbramiento de conocimiento nuevo e investigación como trasunto, en el plano del conocimiento, de la aplicación del conocimiento teórico a la actividad práctica y a la mejora de la misma.

Supuesto eso, la movilización de las masas ante un propósito común es siempre una buena base para el desarrollo científico de un país atrasado a escala general y para la ruptura consiguiente de las formas tradicionales de vida.

En los países sin ninguna tradición intelectual esa ruptura podría iniciarse, tras la toma de conciencia por parte de la minoría dirigente, con la ayuda de organismos internacionales, tipo UNESCO, contratando especialistas en la historia cultural del país capaces de impulsar la asistencia científica y técnica como un verdadero apostolado humanista.

«Así considerada, la asistencia científica y técnica a los países subdesarrollados se convierte una misión humanitaria que tiene que estar penetrada por un intenso amor y respeto al hombre, cualesquiera que sean las condiciones en que se encuentre. La redención del hombre de las condiciones infrahumanas para elevarle a unas nuevas condiciones de vida, más digna, más satisfactoria y libre, se convierte así en una labor de verdadero apostolado. Una vida humana digna no es compatible con la miseria material y espiritual. Pero esa ayuda a los países atrasados puede convertirse en la forma de manifestarse el profundo amor a los hombres que, en épocas de fe, hizo posible la santidad; y, en esa tarea, podrán hallar satisfacción muchos anhelos de abnegación, de altruismo y de sacrificio por el prójimo que, con dificultad, pueden satisfacerse en las condiciones de vida de los países más adelantados.»

Por el contrario, la “Profundización en la situación de los países desarrollados con alguna tradición intelectual” resulta bastante más difícil, dada la acentuación de la separación entre sus clases y la escisión de sus intelectuales, al tomar éstos partido entre la clase dominante y las masas, con su especialización consiguiente en la lucha política e ideológica en perjuicio del desarrollo de la actitud científica.

«En estas condiciones, los intelectuales se ven desgarrados por dos tendencias opuestas: la tendencia a colaborar más estrechamente con su propia clase en el reforzamiento de su dominio, con lo que se alejan más de las actividades productivas; y la tendencia a solidarizarse con la clase baja, conmovidos por el espectáculo de su degradación, y arrastrados por sentimientos humanitarios.»

Así se explica, desde luego, la psicología típica de los intelectuales de los países con alguna tradición intelectual: su actitud escéptica, pesimista, autoritaria e idealista; su reduccionismo explicativo; su subjetivismo; etc. Pero también su contribución al inmovilismo social en razón de su concurrencia interna creciente, de su reproducción del “complejo del escriba” y de su esterilidad científico-técnica, en su obsesión por relacionarse con la clase dominante de los países avanzados y con los problemas y métodos de sus intelectuales.

---

En fin, esto último viene a enlazar con «La UNESCO y los problemas de la educación en general», un texto que comienza con un bosquejo del origen, el carácter y los propósitos de la UNESCO y poniendo en relación los crímenes del nazi-fascismo con la importancia de la educación, la ciencia y la cultura.

«La Organización se propone contribuir a la paz y a la seguridad estrechando, mediante la educación, la ciencia y la cultura, la colaboración entre las naciones, a fin de asegurar el respeto universal a la justicia, a la ley, a los derechos humanos y a las libertades fundamentales que, sin distinción de raza, sexo, idioma o religión, la Carta de las Naciones Unidas reconoce a todos los pueblos del mundo».

El resto es una síntesis de su historia más un apunte final del programa para los años 1967-1968, con una referencia final a la situación del sistema de enseñanza español en ese momento histórico.

La UNESCO pasa del impulso de la cooperación intelectual entre los pueblos y la organización de encuentros, conferencias y simposios (1946-1960) al fomento de la cooperación intelectual y “operativa” para el desarrollo social y económico de los pueblos atrasados y la atención preferente a la alfabetización y enseñanza primaria en

los mismos (1960-1960), primero, y a la planificación de la educación en función del desarrollo social y económico de cada país y la dignificación de los hombres, liberándolos de la miseria y la ignorancia, después (1960-1966).

«A grandes rasgos ésta ha sido la labor de la UNESCO durante los últimos veinte años. Ahora bien, como españoles, lo que nos interesa es saber cómo afectan las recomendaciones y los programas educativos de la UNESCO a nuestro país. De ahí la siguiente exposición sucinta de la situación de nuestra educación, a mi entender.»

## VII. APROXIMACIÓN A LA CULTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

La información sobre esta última sección se reduce aquí a los dos primeros capítulos, habida cuenta de la problemática de los dos últimos se aborda ya básicamente en el segundo.

### ***Una base relevante de datos sociohistóricos (1962-1968)***

Como el lógico, el tratamiento de la cultura española por Eloy Terrón se encuadra siempre de modo coherente en el marco general de su concepción de la cultura, con un criterio histórico (que se remonta al origen animal de la especie humana) y con las fuentes españolas disponibles en la época, comenzando por sus «Entradas para la *Enciclopedia de la Cultura*.»

Por de pronto, la *ecología*<sup>20</sup> se identifica con aquella parte de la biología que se ocupa de las relaciones entre los seres vivos y su medio, de modo que la *ecología humana* se define como la ciencia de las relaciones entre el hombre y su medio biológico. Supuesto eso, la historia de la humanidad se aborda como la historia de la humanización creciente del ambiente natural, con cuatro inflexiones básicas: inmersión inicial de los recolectores y cazadores primitivos del paleolítico inferior en el marco natural; principio de la humanización del mismo con las tribus agrícolas y ganaderas del neolítico; dominio del entorno natural con la revolución urbana y la civilización agrícola; y cuasi humanización total de dicho entorno natural en la civilización industrial, producto de la revolución científico-técnica de nuestro tiempo. Y, todo ello, para aplicarlo finalmente al caso español.

En España, la primera de esas cuatro fases históricas básicas va desde la preponderancia del marco natural con las hordas recolectoras y cazadoras del litoral cántabro hasta la fusión de éstas con los pueblos cazadores de la vertiente mediterránea y el sur, conocedores ya del arco y la flecha. La segunda corresponde a las culturales tribales agrícolas y ganaderas neolíticas. La tercera se iniciaría con la expansión por la península de otras culturas mediterráneas, más avanzadas, hasta la romanización, continuaría tras las invasiones bárbaras y musulmanas, y volvería a complejizarse desde la Reconquista: explosión demográfica en el sur y configuración definitiva de los pueblos de España en el medievo; despoblación y retroceso relativos en el siglo XVII; y transición a la civilización industrial con las mejoras agrícolas del siglo XVIII, las desamortizaciones del XIX y el desarrollo de la industrialización, el comercio y los nuevos centros de población urbanos en esa última época.

---

<sup>20</sup> La referencia a cada entrada se indica, resaltándola en cursiva

Por otra parte, los agentes de esa humanización progresiva del ambiente natural de la especie humana son los pueblos. En un principio, cada *pueblo* se constituye a partir de una herencia biogenética, un idioma, un territorio, una cultura y un Estado determinados, todo lo cual incide después de modo significativo sobre el folklore o cultura popular, la educación y la psicología típica del mismo. Ahora bien, en nuestro caso, la decadencia social y política del siglo XVII impuso la necesidad de nuestra definición como pueblo a la intelectualidad, que lo hizo, de hecho, con aciertos parciales y con un sesgo subjetivista inevitable; la cuestión de la psicología típica del pueblo español y las causas de nuestra decadencia fue siempre difícil de resolver, dada la dificultad científica de su delimitación teórica y nuestra diversidad regional. La debate ya la pléyade de juristas y arbitristas de los siglos XVI y XVII. Ocupa un lugar central en el XVIII, con la obra histórica de Masdeu y los primeros desarrollos de la polémica Masson-Forner sobre el atraso español. Acaba tiñéndose de pesimismo con el regeneracionismo y la generación del 98. Y hoy puede resolverse ya de modo científico, una vez demostrada la capacidad de adaptación de España a los progresos de civilización industrial prácticamente, contando con el desarrollo científico y técnico actual.

El conjunto de datos estadísticos sobre el estado de la población de un país, sus condiciones sociales y sus movimientos en un determinado momento histórico se recoge en el *censo*. Éste, que tuvo sus orígenes en el mundo antiguo, culminando en Roma el desarrollo de su técnica, se realizó en un principio por razones prácticas y posteriormente con fundamentos científicos. Así, en el caso de España, se pasó, primero, desde los recuentos medievales de la población al censo de Carlos I para fijar el impuesto de millones (1541) y las *Relaciones topográficas* (1574-1575) y demás censos impulsados por Felipe II; y, más tarde, desde los censos de Carlos III y Carlos IV (con el de frutos y manufacturas de 1799, de Eugenio Larruga, fundador de la estadística, como el más fiable) al desarrollo de su soporte institucional [de la creación de la Oficina de Estadística en 1802 a la constitución de la Comisión del Estadística General del Reino en 1856 y el Instituto Geográfico y Estadístico en 1873] y a la mejora de su fundamentación, con la introducción de la demografía científica.

Dentro de cada pueblo la unidad social básica es la *familia*. Los antecedentes más importantes de la familia en la civilización industrial (en la que la familia patriarcal acaba por desaparecer) son la familia extensa primitiva –patriarcal o matriarcal- y la familia patriarcal romana, modelo jurídico de la familia medieval. En cuanto a España, la evolución de la familia es similar a la de otros países cristianos de Occidente, con las salvedades inevitables; como el bloqueo de la familia poligámica musulmana, dada la matriz religiosa de la familia cristiana, y la “tiranía paterna”, como rasgo predominante. Esto se ilustra bien en la literatura y el teatro, comenzando por Fray Luis de León y alcanzando hasta Moratín, Larra y Antonio Flores, en la primera mitad del siglo XIX, coincidiendo por cierto con la transición de la familia campesina a la urbana, por la influencia de la literatura francesa, la Guerra de Independencia y la ideología liberal.

Un tipo particular de familia campesina es aquel en el que ésta dispone de medios propios, que incluyen la aportación patrimonial de la esposa. Se compone del *matrimonio* –los padres- y los hijos, alguno de ellos casado, y se distingue por la autonomía económica y por la educación de los hijos (hábitos, valores, propósitos

sociales y sentido de la vida) en el hogar y en el trabajo, complementada por la influencia más relativa de la Iglesia, la escuela y la comunidad. En cambio, la familia urbana de mediados del siglo XX ha perdido esa doble función; la productiva, con la separación entre el trabajo (del padre) y el hogar (atendido ahora por la madre, cuya autoridad sustituye a la del padre en el mismo); y la educativa, con la socialización en la familia, el colegio, los grupos de afinidad y la Iglesia, la formación intelectual en los colegios y por especialistas, y la inculcación de los valores básicos en la escuela y en la Iglesia.

La nueva familia urbana también se distingue por la reducción del número de sus miembros y por la dispersión de éstos, en razón de la independencia económica de los padres cuando llegan a mayores [pensiones y seguros] y del trabajo independiente de los hijos, que, además, se casan pronto y disponen de vivienda propia. La iniciación de los hijos en el trabajo se realiza en centros especializados [escuelas comerciales e industriales, universidades y otros similares] y es considerada como determinante de la posición y el status social del individuo. Las relaciones entre los cónyuges son más íntimas, y predomina en ellas el afecto y el amor a los hijos. Éstos tienen libertad en la elección de las amistades, la profesión u oficio y la novia, aunque esa libertad es mayor en la clase obrera que en la clase media, preocupada ante todo por el porvenir de los hijos ante la adaptación inevitable a la sociedad global y sus cambios. Y, en tanto que la endogamia aldeana desaparece en el medio rural, la gama de posibilidades matrimoniales se amplía de forma notoria en el urbano, aunque persisten determinadas restricciones endogámicas y culturales.

Cada pueblo comprende también toda una serie de *asociaciones*, o *agrupaciones* sociales voluntarias con un propósito determinado, que son de dos tipos fundamentales: para la satisfacción de necesidades materiales u orgánicas, y para la satisfacción de las exigencias espirituales. Las primeras pueden ser económicas, para la defensa de los intereses propios y para la conservación de la salud; y las segundas, educativas, recreativas, artísticas, político-ideológicas, humanitarias y religiosas. Así, en el caso de España, basta una breve ojeada histórica para comprobar nuestra tendencia irresistible a la asociación, a despecho del tópico del individualismo español: descripción del tirano, en *Las Partidas*, y prohibición de las asociaciones hasta el siglo XIX; ciudades, comunes o municipios, de los siglos XII a XV; gremios industriales y comerciales, entre los siglos XII y XIX; cofradías de defensa mutua, sociedades de mercaderes, científicas, literarias, profesionales y caritativas, y religiosas, en los siglos XV y XVI; Reales Academias, Sociedades Económicas de Amigos del País, sociedades secretas y otras instituciones culturales y educativas [como las *maestranzas reales*] en el XVIII; Sociedades Patrióticas, con la crisis de la conciencia liberal hacia 1820; exaltación del espíritu de asociación hacia 1840; y proliferación posterior de todo tipo de asociaciones: desde los partidos y sindicatos obreros, de tipo actual, a las casas regionales.

Cuando el desarrollo de una asociación voluntaria con algún fin colectivo en su origen viene determinado por la intervención del Estado puede hablarse de *corporación*, aunque el significado estricto de este término es jurídico y depende del derecho de cada país. Las asociaciones religiosas con un culto común y los colegios de artesanos del mundo antiguo son un buen ejemplo de la misma; y las corporaciones religiosas y civiles [profesionales o políticas], gremios y hermandades, del medievo,

también. Ahora bien, con el desarrollo del capitalismo, la corporación se transforma de forma radical: pierde su carácter político, puede incluso desaparecer (como sucedió con los gremios, tras su prohibición, coincidiendo por cierto con la constitución de los primeros sindicatos obreros), predomina la de tipo capitalista [compañías mercantiles, nuevos colegios profesionales, academias científicas] y hasta adquiere un significado político-ideológico en la “época del corporativismo”, potenciada por el Estado tras la Primera Guerra Mundial [incluido el corporativismo católico].

Por otra parte, los individuos y los grupos sociales se rigen en buena parte por los *convencionalismos*, como módulos consuetudinarios de vigencia colectiva que facilitan la vida cotidiana fuera del círculo íntimo familiar y del medio profesional, al posibilitar la previsión de la conducta ajena y la automatización de casi todas las relaciones sociales triviales, aunque los que constituyen las ceremonias que rodean los acontecimientos decisivos de la vida humana son muy importantes. Todos ellos cambian en función de la adaptación gradual de la vieja forma de comportamiento a la nueva, en función de una determinada lógica colectiva e individual, que va del *mimetismo social* y la coacción colectiva a la *moda* y otros dispositivos culturales del cambio social. En cuanto a los convencionalismos vigentes en la sociedad española, aparte de la dificultad del establecimiento de un catálogo de los mismos y la historia de su evolución, quizás lo más llamativo sea la tendencia a su simplificación con el proceso de urbanización [piénsese en el caso de “las visitas”, que lo ilustra muy bien], aunque también hay buenos ejemplos de su desaparición en función del cambio cultural de conjunto y de la fuerza de la ley (como el *Bando de Lutos*, de 1780, por ejemplo).

La misma *cortesía* no es sino un convencionalismo impregnado de respeto y consideración en la relación entre un inferior y un superior. Las reglas por las que se rige el hombre cortés tienen su origen en la legitimación mágico-religiosa de las diferencias de rango, clase o casta en las comunidades primitivas. Pero fueron reelaboradas al irse imponiendo otras formas históricas de la jerarquía del poder y la posición social, con un sesgo de edad, sexo, parentesco, social, político, cultural y demás, determinados. Así se explica, en nuestro caso, el paso del hiperconvencionalismo extremo de la época de la Casa de Austria a su disolución en el siglo XVIII, o la patrimonialización de la cortesía por la clase media en el XIX, pese a que la cortesía popular persistió entre los campesinos hasta bien entrado el siglo XX.

Otra clave central de la lógica sociológica de la historia del hombre y de la cultura es la “insociable sociabilidad del hombre”, por formularlo en términos kantianos, la “insolidaria solidaridad humana”, dicho de otra forma, e incluso “la *tolerancia e intolerancia*”, como se hace en esta *Enciclopedia de la Cultura Española*.

La vigencia universal de la *hospitalidad* entre los pueblos primitivos es una buena prueba de la sociabilidad, solidaridad y tolerancia humanas; y su aprovechamiento en la colonización de los pueblos de América, África, Asia y Oceanía por los españoles, tras su reelaboración sobre la virtud cristiana de la caridad en la Europa Occidental, un ejemplo de lo contrario. La actitud de los ilustrados y los radicales ingleses, al hablar de la *filantropía* como la caridad “civil” –social y pública– frente a la caridad religiosa [aunque sus orígenes se remonten a la legislación medieval y renacentista, con el *Tratado del socorro de los pobres*, de Luis Vives, como fundamentación teórica] es otra manifestación importante de la solidaridad, aunque

en nuestro tiempo la filantropía ha acabado por reducirse a las financiaciones culturales de los grandes capitalistas; y lo mismo puede decirse del *abolicionismo* antiesclavista, entre otros muchos ejemplos sociohistóricos.

En cuanto a la intolerancia, ésta puede ilustrarse a su vez también de múltiples modos, comenzando por la discriminación de la *mujer*, que persiste por cierto en la civilización industrial con el menosprecio de la inteligencia femenina y el bloqueo profesional y la discriminación sexual de la mujer. Aparte de esto, en el caso español, quizás lo más significativo sea la intolerancia religiosa, política y social.

Como es sabido, la leyenda negra de los enemigos del imperialismo de los Austrias presentó a España como campeona de la intolerancia religiosa, cuando el catolicismo fue en realidad un dispositivo cultural clave para la formación de nuestra nacionalidad, hasta que comenzó a abrirse paso la tolerancia religiosa, por razones comerciales, tras la paz de Westfalia. Luego se generalizó la intolerancia política, reforzada por la *propaganda* política, desde la Revolución Francesa: las diferencias previas entre los tradicionalistas y los ilustrados se radicalizaron entre los serviles y los liberales, a raíz de la invasión napoleónica y del funesto decreto de Fernando VII, a su vuelta a España, en mayo de 1814; resurgieron luego con nueva fuerza en el Trienio Liberal (1820-1823), primero, y a partir de 1835, quince años más tarde; y se vieron reforzadas en el primer tercio del siglo XX con la carga ideológica resultante de la lucha de clases y los conflictos sociales. Aunque tiene mayor interés sociológico la intolerancia social que se superpuso por entonces a la política, y que se explica por el anacronismo de nuestra estructura económica, el radicalismo de las primeras organizaciones obreras y la insolidaridad de los grandes propietarios, hasta acabar empujando a amplios sectores sociales hacia el apoliticismo por el apasionamiento y la falta de objetividad de la propaganda política.

La prestación de asilo político a las víctimas de las revoluciones, como constante histórica –la cuestión de los *refugiados*– parece también una buena clave de la problemática del inmovilismo estructural y de la resistencia a los cambios sociales en España. Felipe II amparó a los católicos irlandeses, escoceses e ingleses perseguidos por la reina Isabel de Inglaterra. Godoy acogió a los emigrados galos tras la Revolución Francesa, aunque bajo la vigilancia de la Inquisición y del Consejo de Castilla. Y la dictadura franquista abrió el país a los refugiados políticos de las revoluciones socialistas, tras la Segunda Guerra Mundial. En cuanto al caso de los *communards*, que parece una excepción, confirma en realidad esa constante histórica, puesto que fue una emigración extraoficial y, además, el Gobierno se opuso a su admisión, llegando a enviar notas de protesta a otros que, como el inglés, optaron por concederles asilo político.

Pasando ahora a otro tema, la historia del hombre se despliega ante todo en el tiempo como la historia del trabajo social, o –lo que, en cierto modo, viene a ser lo mismo– como la historia de su *especialización*. Ésta comienza ya con la división primitiva del trabajo conforme a la edad y el sexo, teniendo en cuenta la diversidad del ambiente natural, persistiendo hasta que la invención de la flecha hizo posible la domesticación de animales. Tras el descubrimiento de los metales y el progreso notorio de la agricultura intensiva, alcanza su cenit en la ciudad de la civilización agrícola. Pero la ciudad medieval europea abre nuevas líneas a la especialización artesanal y mercantil hasta culminar con la civilización industrial. Ahora bien, puesto

que el medio humano configura siempre la conciencia humana, en la civilización agrícola el conocimiento humano especializado puede conciliarse y se concilia de hecho con la visión de conjunto de la realidad, mientras en la civilización industrial acaba llevando a la fragmentación de la conciencia del científico y del hombre común, precisamente por el desarrollo extremo de la especialización.

El caso español puede ilustrarlo esto también. La especialización del trabajo social fue primitiva, desde los tiempos de los recolectores de Altamira a la época de los pastores y agricultores del levante y el sur peninsulares. Tartesos fue ya el principal centro urbano de una civilización agrícola. Luego la romanización impuso la uniformización de la división social del trabajo en todo el territorio peninsular. En el medievo, el desarrollo de la especialización siguió todavía las grandes líneas del resto de Europa hasta culminar con las grandes ciudades de la baja edad media, como Toledo y Barcelona. Pero, a raíz de los grandes descubrimientos geográficos y el esfuerzo extremo del imperio, aquí prosiguió la especialización medieval, en contraste con los el desarrollo de la manufactura y la fábrica en los países europeos más avanzados. Surgen grandes patrimonios comerciales, industriales y financieros en la antigua ciudad de la conciencia común y las minorías elitistas. Aparece la conciencia especializada del humanista y el artista dependientes de un mecenas, y la de los profesionales de la administración, la política y la ciencia y otras formas de la cultura simbólica elaborada. Tiende a generalizarse la conciencia alienada entre los artesanos empobrecidos y, aún más y con mayor profundidad, entre los obreros de la manufactura y la fábrica. Y acaban imponiéndose la superespecialización del científico, la entrega al experto de la dirección de la sociedad y la carencia general de una comprensión unitaria de la realidad con la que orientarse eficazmente en el propio medio.

Además, la historia del trabajo social y la de la especialización está en estrecha relación con la cuestión de la *propiedad* y la *distribución de la propiedad*. El reparto equitativo de la riqueza fue siempre el anhelo constante de los hombres y la garantía de la paz social. Lo confirman las guerras civiles, como las de Grecia y Roma, la investigación histórica y económica actual, y hasta los diversos ensayos de reforma agraria. Estos últimos son una forma de la extensión relativa de la propiedad a todos los hombres, de acuerdo por cierto con la doctrina social de la Iglesia, y tiene, además, grandes ventajas cuando coincide con el comienzo de la industrialización de un país. En España, el precedente teórico más importante fue el proyecto ilustrado de Campomanes y Jovellanos, y la desamortización, el principal intento de llevarla a la práctica. Pero la desamortización fracasó como tal reforma agraria, y lo hizo, además, condicionando el curso de la economía española de forma decisiva, con graves consecuencias sociales y políticas.

La distribución de la propiedad se garantiza, ante todo, mediante la reproducción de unas determinadas relaciones de producción: esclavistas, serviles, basadas en la generalización del trabajo asalariado, etcétera. La *servidumbre*, en concreto, surgió con el desarrollo del colonato y la encomendación, en el Imperio romano tardío. En España se consolidó ya con los visigodos, distinguiéndose entre siervos *de la gleba* y siervos domésticos o ministeriales. Pero los efectos de la Reconquista fueron muy distintos según dónde. En Aragón y Cataluña, en concreto, se desarrolló un feudalismo genuino, que está en el origen de las constantes rebeliones

campesinas hasta la *Sentencia Arbitral de Guadalupe* (1486); además, determinados restos subsistieron hasta su abolición final en las Cortes de Cádiz, pese a los diversos intentos reales previos para suprimirlos. En cambio, en Castilla, la situación evolucionó de forma bien diferente: ampliación de la servidumbre, en un principio, seguida de la liberación paulatina de los siervos, la transformación de éstos en solariegos, el reconocimiento jurídico de la independencia personal en el siglo XIV y la liquidación final de las relaciones feudales de producción, al convertirse los siervos en arrendatarios, sujetos al pago de un censo o canon y a servicios personales.

Por otra parte, la distribución desigual de la propiedad y la riqueza es, a su vez, el fundamento principal de las *clases sociales*. En toda sociedad hay una determinada jerarquía de las clases sociales, con centro en una clase hegemónica y una clase dominada y naciente, cuya lógica social resulta de la interacción dialéctica entre las mismas, pero también del conjunto. Esa lógica cultural determina la configuración de la psicología típica de toda la sociedad, la de cada clase dentro de ella y hasta la de cada grupo particular y cada individuo. Eso que explica, entre otras cosas, la comunidad de afectos y el estrecho consorcio de voluntades dentro de un mismo país, y la superioridad intelectual, la intensidad pasional y el pensamiento abstracto (sofístico y/o objetivo) del especialista de la administración, el gobierno, las ideas y hasta las armas, en contraste con el imperio y el automatismo de la costumbre y el pensamiento analógico, pero igualmente sintético, típico del vulgo.

El desarrollo histórico de las clases sociales principia en la España medieval con una estructura dual de partida (aristocracia civil y eclesiástica y siervos de la gleba) y el origen de la burguesía urbana, como clase media. Esta estructura de clases inicial se complejiza hasta cierto punto entre los siglos XII y XV: aristocracia, burguesía rica, plebe urbana (menestrales, pequeños artesanos y campesinos pobres) y siervos de la gleba, esclavos y mudéjares. Los Reyes Católicos y los monarcas de la casa de Austria la simplificarían luego, valiéndose de la generalización del mayorazgo y el acortesanamiento de la alta nobleza: aristocracia cortesana y urbana, fusión de la burguesía rica y la pequeña nobleza, y clase baja (jornaleros, artesanos, pequeños campesinos libres, colonos y braceros). Pero en el siglo XVIII vuelve a complejizarse con el ascenso social de la burguesía rica. Y, ya en pleno siglo XIX, sufre un trastorno profundo que da origen a la nueva estructura de clases de la Restauración. A saber: nueva clase dominante (producto de la integración de la antigua nobleza y la burguesía enriquecida), clase baja (jornaleros y artesanos de las ciudades, braceros y campesinos pobres) y nueva clase media de los profesionales, comerciantes y algunos industriales, muy dinámica, pero demasiado pequeña para garantizar la estabilidad social y política del país.

En España, como en todas partes, se impuso la *plutocracia* –la preponderancia de los ricos en el gobierno del Estado–, aunque con una serie de razones particulares: acumulación de la propiedad de la tierra en la baja edad media a impulsos de la Reconquista, agravada por las leyes desamortizadoras en el siglo XIX; creación de oligarquía locales con los Austrias, como antecedentes del caciquismo; fracaso liberal al intentar moldear la sociedad española en estructuras democráticas modernas; e integración de siderúrgicos, cerealistas, algodóneros y vinateros con los gobiernos conservadores de 1843-1868, consolidada a lo largo de la Restauración. Y, así, hasta la aparición reciente de una *tecnocracia* a la conquista del poder, su inserción en el

gobierno y la administración, la defensa de su ejercicio profesional y la tendencia a reorientar la planificación política de acuerdo con objetivos técnicos, impuestos ante todo por la economía y la información, y no con objetivos ideológicos.<sup>21</sup>

Sociológicamente, se entiende por *aristocracia* la “clase alta”; esto es, el conjunto de grupos sociales que detentan el monopolio del poder económico y político-administrativo y de la violencia material y simbólica, y que se sirven de él para reproducir su dominación sobre el resto de las clases y grupos sociales. Lo que, en nuestro caso, puede aplicarse a la hidalguía medieval, la nobleza moderna, a la aristocracia decimonónica e incluso a la “clase alta” actual, que se ha complejizado relativamente en razón de la extensión creciente de la división del trabajo social.

El hidalgo es un tipo humano genuinamente español, que se remonta hasta el infanzón visigodo y el hidalgo medieval; la *hidalguía*, una clase social en expansión con la Reconquista, las guerras imperiales y las empresas de América; y su psicología típica, una de las claves primordiales del atraso de la formación de la sociedad española moderna, muy bien ilustrada en la novela picaresca y en el *Quijote*.

Los orígenes de la *nobleza* fueron también visigóticos, con el servicio armado, como vínculo administrativo y feudal, y la sangre, en virtud de la ley de la herencia, como fundamentos. En el caso de Castilla, el factor Reconquista llevó al fortalecimiento de los *ricohombres* y a la creación real de muchos *infanzones*, en un principio, a los rebrotes del feudalismo hasta 1212, y a la potenciación final de *hidalgos*, *caballeros ciudadanos* y *caballeros villanos* por los reyes. Luego, la imposición del poder central con los Reyes Católicos posibilitó la institucionalización definitiva de la nobleza con Carlos I: grandes y títulos *versus* caballeros e hidalgos.

Todo eso explica la importancia que tuvo aquí el *linaje*, entendido como “el conjunto de vecinos nobles reconocidos por tales e incorporados al cuerpo de la nobleza”, la preocupación por la “pureza de sangre” y por el “afán de nobleza” desde fines del medievo, así como el interés general por la investigación genealógica en los siglos XVI y XVII. Pero, también, la simpatía popular por los bastardos y el vigor de las *bastardías* en sí, dada la pertenencia de la madre a la clase baja y el antagonismo entre el bastardo y los poderosos. La nobleza pasó a convertirse en una clase puramente honorífica con las Cortes de Cádiz y las constituciones del siglo XIX, coincidiendo con una reacción antinobiliar y con el desprestigio de los linajistas. Pero la reforma puramente jurídica de la propiedad por parte de los “revolucionarios” liberales, le garantizó la conservación íntegra de sus propiedades, más una buena parte de las correspondientes a los señoríos exclusivamente jurisdiccionales.

Las vicisitudes históricas de la *casa solariega* ilustran de algún modo también ese mismo proceso: se fundan en los primeros tiempos de la Reconquista; retroceden ante el avance del palacio urbano con el desarrollo municipal y el crecimiento de las ciudades; y se abandonan al transformarse la alta nobleza en cortesana y la mediana en oligarquía urbana. Por eso, las casas solariegas de nuevo cuño, sobre todo en el norte, se costearon en su mayor parte con el dinero de Indias.

---

<sup>21</sup> Esto último parece más bien un “guiño” táctico dirigido a los tecnócratas del Opus Dei de la época, responsables últimos también de la *Enciclopedia de la Cultura Española*.

Con el *plebeyismo* y su relación con el igualitarismo de las clases inferiores y el aplebeyamiento de la aristocracia ocurre algo similar. Claudio Sánchez Albornoz lo explica por determinados factores, como el solar asturcántabro como solaz de la hispanidad, la forja de una sociedad abierta a impulsos de la Reconquista y la repoblación medieval y las limitaciones de la burguesía y el espíritu burgués en España. Resurgió con fuerza en el reinado de Felipe IV hasta llegar al desbordamiento con Carlos IV, como prueba el arte, la literatura y la crítica ilustrada. Pero esta última tiene sus limitaciones, puesto que olvida el peso de otros factores explicativos complementarios como la ociosidad y carencia de misión propia de la nobleza, la mediocridad de mesocracia de la época y el arraigo y la fuerza y viveza de las tradiciones festivas populares.

Por su parte, la *burguesía*, aparece desde el siglo X. En un principio, con ese término se designa al conjunto de los habitantes –comerciantes y artesanos- del burgo europeo medieval. Pero, a partir del XIV, se entiende por burguesía más bien la nueva clase social que se interpone entre la nobleza y los siervos: la clase media constituida por las capas superiores -económica e intelectual- de los ciudadanos. Luego burguesía se convierte en *mesocracia* cuando el capital industrial se impone al mercantil y al financiero y alcanza la hegemonía social, económica y política, tras compartirla con los grandes terratenientes. De hecho, desde el siglo XIX, se compone de dos estratos básicos bien desiguales: la burguesía propiamente tal, hegemónica, y aquellos grupos sociales que, aunque no tienen grandes riquezas, sí dispone de algo más que su fuerza de trabajo: un capital del que sacan algún beneficio. De ahí que se diferencie entre burguesía grande, media y pequeña, y el que se atribuya a la primera la creación del sistema fabril y la revolución científico-técnica, con la consiguiente modificación profunda de la sociedad, hasta la constitución del mundo con un mercado único, hoy por cierto en crisis.

En España, la primera etapa, medieval, del desarrollo de la burguesía fue similar al de otras partes de Europa. Pero, luego, ese desarrollo resultó bloqueado por determinadas causas, no bien estudiadas aún, que explicarían el que nuestra historia tenga un carácter muy especial: mentalidad rentista; ideal caballeresco y política económica de los Trastámara; hipertrofia burocrática y crisis de la burguesía general con la Casa de Austria; bloqueo final de su reactivación con la dinastía borbónica; y, en fin, *absentismo* agrario contemporáneo, tras el aumento notorio de la desigualdad en la distribución de la tierra cultivable como consecuencia de la forma en que se desamortizó, con su graves efectos económicos, sociales, políticos y morales.

En cuanto a la clase baja, estuvo básicamente constituida por jornaleros y artesanos de las ciudades y por pequeños campesinos libres, colonos y braceros del campo desde el siglo XV, y por jornaleros y artesanos de las ciudades, obreros, y braseros y campesinos pobres a partir de la Restauración.

A lo largo de la historia ha habido diversos modos de ser *campesinos*: cazadores, pescadores y recolectores primitivos, agricultores nómadas; campesinos libres de la agricultura intensiva de regadío, junto a los grandes ríos; campesinos esclavos de la gran agricultura extensiva, en Grecia, Cartago y Roma; siervos campesinos, vasallos solariegos, colonos y campesinos libres en el medievo; y, así, hasta el surgimiento de tipos de campesinos muy diferentes, tras la equiparación técnica y social de la agricultura y la industria.

En España, el desarrollo histórico del campesinado comenzó con los pobladores neolíticos y los pueblos cultivadores mejor preparados. Pero la configuración de la fisonomía propia del campo español es posterior. Su origen se remonta a la creación de grandes dominios, con la conquista romana. Aunque tras las invasiones bárbaras se produjo una regresión importante de los cultivos, con los árabes la vida campesina se reconfiguró sobre la base de la constitución de una amplia clase media de campesinos libres y de la potenciación de la agricultura intensiva y los nuevos cultivos. Los efectos de la Reconquista sobre el campesino y las relaciones con la tierra tuvieron también gran trascendencia: multiplicación de los castillos señoriales y de las fundaciones monacales como centros de colonización, así como de los campesinos libres y las villas con fueros y territorios comunales, con los diversos progresos de la Reconquista; conquista del sur peninsular y reparto de la tierra entre los señores y las órdenes militares, dando así origen a los grandes latifundios y a la pugna entre agricultores y ganaderos, estos últimos con el apoyo del Estado, en la época moderna; introducción de nuevos cultivos tras la colonización de América y puesta en explotación de las tierras pobres del norte; y, en fin, desamortizaciones del siglo XIX, como principal intento de transformación del campo, por desgracia fallido, con la aparición consiguiente del exceso de *braceros* –de jornaleros del campo- como un problema económico, sociológico y moral, capital.

De ahí, el Informe de la Comisión de Reformas Sociales (1884) y los proyectos de reforma agraria del primera mitad del siglo XX, hasta la transformación del problema histórico del *bracero* en el problema del peón, en las zonas industrializadas del país, comenzando por las dificultades propias de su *absorción social*. La *urbanización* del inmigrante interior se plantea siempre tras la revolución industrial, dado el contraste entre la vieja cultura rural y provinciana y la nueva cultura urbana industrial; y eso implica la educación del inmigrante en el orden, la disciplina, la mentalidad y la exactitud de la fábrica y de la gran ciudad, así como la sustitución de la moral “obligada” del individuo en el medio rural y provinciano por la nueva moral que se necesita en el nuevo medio urbano e industrial.

Los *artesanos* fueron los artífices de la civilización en el marco de la civilización antigua. En el medievo, pasaron de ser siervos domésticos a alcanzar su máximo esplendor en la ciudad medieval. Pero ese aumento de su importancia –patente, en España, con documentos tales como las Ordenanzas de los zapateros, en Burgos (1259)- coincidió con la tendencia al monopolio y al reglamentarismo de los gremios desde la baja edad media, lo que acabaría por bloquear el desarrollo futuro del artesanado en la época moderna. Eso contribuyó al estancamiento económico de España, como lo hizo ya ver la crítica ilustrada, mientras en los países europeos más avanzados los artesanos contribuían a la revolución industrial de forma decisiva, pese a su carácter subsidiario final.

En cambio, con la industrialización, la abundancia de trabajadores sin independencia económica y un marco jurídico liberal, aparece el *obrero* como nueva clase naciente, aunque sobre la base de la transmisión generacional de la pericia técnica o “maestría” artesanal, desde los esclavos de las minas y los arsenales hispano-romanos a las *familias de crianza* serviles, como principal precedente histórico. En España, la clase obrera surge con la recuperación económica y con el desarrollo mercantil, agrícola e industrial del siglo XVIII [industria textil catalana, astilleros

modernos, manufacturas reales], pero sólo se constituye y organiza como tal en el siglo XIX y primera mitad del XX. Primero, desarrolla su conciencia de clase, con centro en la industria textil catalana, junto con las tendencias espontáneas a la asociación, con el apoyo de una fracción radical de la clase media, que propugna el socialismo utópico (1835-1868). En la época de la I Internacional se fracciona en dos tendencias, anarquista y socialista, a las que se añadirán luego la comunista [desde 1921] y la de los sindicatos católicos, muy minoritarios. Su número y su dinamismo social y político aumentan con el crecimiento demográfico, industrial y urbano del primer tercio del siglo XX, hasta el punto de llevar a Ortega y Gasset a utilizar el concepto de *masa* de la literatura sociológica revolucionaria de la izquierda y de la derecha [de Nietzsche a Mannheim] en los países industrializados, para hablar aquí de la rebelión de las masas, mientras Antonio Machado y otros intelectuales comprometidos con la clase obrera denuncian su *señorismo cultural*. Y, todo ello, para que al final se desencadene un proceso social y político, con centro en la “cuestión social”, que va de la represión violenta de los trabajadores en la guerra civil y la posguerra a la política social de la dictadura franquista, con la Central Nacional Sindicalista y las Hermandades Obreras, como principales bases institucionales

Aunque el proletario romano fue, más que nada, una categoría fiscal, hablar del *proletariado* hoy es hablar del trabajador jurídicamente libre y sin más propiedad que su trabajo. Además, este otro tipo de proletario, que en principio viene a ser lo mismo que el obrero, tiene mucho más interés sociológico y político que el primero, dadas sus condiciones extremas de vida y su capacidad de organización y de defensa violenta. En cuanto a España, su número tiende a ampliarse desde mediados del siglo XX en virtud de la transformación reciente de la estructura social y económica de nuestro país, con la emigración obrera al Mercado Común, el desarrollo industrial y técnico y la extensión del sector servicios de la economía nacional. Es más: mientras las condiciones de vida y la formación profesional y técnica del proletariado industrial mejoran, el proletariado de corbata aumenta y se proletariza la clase media tradicional.

Cuestión distinta es la de los *parásitos sociales*, comenzando por su arquetipo español –el *pícaro*–, en las circunstancias históricas insanas de la crisis social y económica del siglo XVII. La picardía fue una manera comunal y frecuente de vivir, tras la sustitución de la mesocracia concejil por la “corte de los milagros”, y tendió a universalizarse con la repercusión social de la picaresca y la proliferación de los imitadores del pícaro declarado, como el buscavidas, el bravucón y otros tipos similares, bien ilustrados por cierto también todos ellos en la novela picaresca. En cambio, los vagos y los gamberros modernos son tipos sociales universales y corresponden a otros ámbitos sociales y económicos: en concreto, el vago es un parásito social en una sociedad que ha entronizado el trabajo; y el gamberro, un delincuente cuasi gratuito (que puede no ser parásito) en cualquier profesión u oficio, y a veces relacionado con cierto señorismo ocioso y alborotador.

La cuestión de la *delincuencia* y la *criminalidad* –en la que hay que incluir el *bandolerismo* e incluso a los *bucaneros*, en tanto que proveedores de piratas y filibusteros, entre otros tipos especiales– es, de hecho, bien diferente. Para el sociólogo, la delincuencia consiste en la infracción de los deberes jurídicamente establecidos; y la criminología, en el estudio objetivo del crimen conforme a los datos

estadísticos y las teorías criminológicas, con vistas a la distinción de los tipos de delincuencia, el esclarecimiento de las motivaciones del comportamiento criminal, la delimitación de la responsabilidad del delincuente mediante la consideración ponderada de todos los factores concurrentes, las técnicas de su tratamiento –que van de la represión con una legislación adecuada a la reforma penitenciaria [“corregir más que castigar”]-, los efectos sociales del crimen (comenzando por su incidencia sobre la gente corriente) y la política de prevención de la delincuencia. Por lo demás, el primer intento del establecimiento científico de la criminalidad de España, con un método estadístico y comparativo y con datos de 1843, y el principio de una criminología sociológica original, son los del *Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de ultramar*, de Pascual Madoz. Pero la literatura española sobre la delincuencia es amplia, y va de Séneca a Dorado Montero, con algunas monografías contemporáneas relevantes como *La mala vida* de Madrid, de Bernardo de Quirós y *El delincuente español*, de Rafael Salillas.

Por último, habría que resaltar también la importancia de la conversación, al ser el lenguaje la ventaja selectiva que distingue a la especie humana, y distinguir entre la conversación cotidiana del común de las gentes y la conversación culta de los intelectuales.

Mientras, en el mundo antiguo, el paradigma de la *conversación* culta fue el diálogo socrático, en el mundo moderno la sociología histórica de la conversación culta incluye fórmulas que van desde el cortesano diletante y el hombre de sociedad de las Cortes de Provenza y el Renacimiento italiano a los cafés como centros de opinión de una sociedad parcialmente democratizada, pasando por la conversación literaria, filosófica y crítica en los salones de la nobleza del siglo XVII y XVIII. En España, en concreto, se desarrollaron las *tertulias* como centros de formación de la opinión pública en una sociedad predemocrática y de organización de los intelectuales, a partir de los círculos culturales y políticos madrileños del reinado de Carlos IV y otros ensayos institucionales previos, como las sociedades económicas de amigos del país. Resurgieron con fuerza en el Trienio Liberal, como focos de la organización de *masones* y *comuneros*; y, desde 1830, se transformaron en centros de comunicación de la sociedad culta y apolítica, con el Ateneo de Madrid como principal modelo de las incontables tertulias de los escritores posteriores. El *casino*, en cambio, fue algo distinto, aunque evolucionó de centro social y lugar de distracción de la capital de provincia a centro de tipo cultural y de diferenciación social.

Las motivaciones de la conversación cotidiana entre la gente corriente fueron distintas y su temática, más amplia que la de conversación culta, aunque hay que distinguir entre sociedad rural y sociedad urbana. En el medio rural estuvo condicionada por el ocio, y sus temas, sesgo y marco social, por la posición social, edad y sexo de los interlocutores. En el medio urbano, acabó imponiéndose la comunicación funcional y práctica, con diferencias significativas también en función del marco social, la profesión, la posición social, la edad y el género; en cuanto a sus temas, son muchos y de diversa importancia, siendo la conversación sobre la problemática social la más significativa, por su aproximación a la conversación crítica y la posibilidad de transformarse en un elemento cultural de primer orden.

La conversación culta alimenta todo tipo de polémicas intelectuales, como, por ejemplo, en España, la del *casticismo*, entendido como preocupación nacional, que es el más significativo para la sociología y la historia, y la del *cosmopolitismo*.

La pugna histórico-cultural en torno al casticismo se inicia en nuestro Siglo de Oro, con la respuesta idealista de sus teólogos y moralistas a la literatura de la época antiespañola y sobre la decadencia en general. La alimentan los economistas y los políticos del siglo XVII que buscan en el propio pasado la superación de la crisis mediante un análisis realista. Persiste con la apertura de los ilustrados, que buscan la conciliación entre tradición y progreso con idéntico realismo. Vuelve a agravarse desde finales del siglo XVIII, con la crisis política de los dos primeros tercios del XIX, agravada por la inflexión idealista y polémica de la cuestión en una doble dirección, alimentada por las ideologías extranjeras, hasta llegarse a la ruptura total entre europeístas y casticistas. Aunque hoy puede ya superarse en términos científicos.

Por lo que respecta al cosmopolitismo, se entiende por tal el ensayo de superación del particularismo tribal a partir de que los estoicos vislumbraran la unidad de la especie humana. El cosmopolitismo clásico tuvo ya diversas manifestaciones significativas, que van del Estado universal de Alejandro Magno al universalismo filosófico-político de los estoicos, político-jurídico de los romanos y religioso de los cristianos. El cosmopolitismo moderno se alimentó, primero, con el nuevo sentimiento científico, el derecho natural, el resurgir de la concepción de la unidad de la especie humana y la existencia de una única lengua culta, base del universalismo filosófico y emocional del estrato superior de la nobleza y de la élite ilustrada, durante el Renacimiento; y se reforzó, a partir de la Revolución Comercial, con el cosmopolitismo ilustrado: un verdadero universalismo, producto de la nueva concepción de la unidad de la especie humana, la exploración de toda la superficie de la Tierra y el trato con razas humanas desconocidas por clásicos y renacentistas.

El cosmopolitismo español, en concreto, fue hasta 1800 una combinación tradicional del particularismo y la actitud universalista, fruto del temprano y profundo arraigo del cristianismo, el descubrimiento y conquista de América y Oceanía y el dominio temporal del Imperio portugués. Pero, entre 1800 y 1840, acusó la influencia de la perturbación de las formas consagradas de convivencia, a raíz de las invasiones francesas de 1808-1814 y 1823-1824, de la introducción de las costumbres extranjeras por los emigrados durante los gobiernos absolutistas de Fernando VII y de la vuelta de espaldas a la tradición de la aristocracia y la clase media profesional, desde los años treinta. Eso explicaría el bloqueo de la conciencia nacional y la confrontación sistemática entre el cosmopolitismo superficial y negativo y el patriotismo de campanario posteriores, que constituye a su vez un factor básico más de nuestra inermidad actual frente a la influencia extranjera, ante el desarrollo del mercado, comenzando por la lengua.

### ***Un proyecto teórico de largo alcance: Estructura Social y Conciencia Nacional***

El interés de Eloy Terrón por la Estructura Social y la Conciencia Nacional de la España contemporánea se remonta a los años de preparación (1952-1957) de su tesis doctoral sobre la importación del krausismo a España.

De hecho, este interés se plasma ya en su primer capítulo, «La estructura “real” de la sociedad española (Fase final del Antiguo Régimen)» (1957), donde pone el principal acento en la falsedad de la imagen “hecha” liberal del *régimen absoluto*, dada la supeditación crónica del Trono a la trama de intereses de las fuerzas sociales privilegiadas tradicionales, pese a la conciencia, por parte de la clase dirigente ilustrada y liberal, de la necesidad de la superación del Estado patrimonial de la Casa de Austria por un Estado nacional a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

En efecto, si los siglos XIII y XIV fueron los de la creación de la unidad nacional de Castilla y el primer Estado moderno por los municipios y las cortes medievales, el siglo XVI sería el de la estabilización del “feudalismo de Estado” mediante el desarrollo de los mayorazgos, la conquista de América por los “hidalgos cortos”, el soporte de la Casa de Austria y la alianza con el Papado. En el XVII y el XVIII ascienden la nobleza y la Iglesia a costa del común, pero luego la nobleza reacciona contra las organizaciones eclesiásticas, es eliminada la Casa de Austria y se intensifica crecientemente el conflicto entre regalistas y ultramontanos. De modo que, en la segunda mitad del siglo XVIII, pese al bloqueo de las reformas de la nueva clase dirigente ilustrada por la oligarquía tradicional, progresa el Estado nacional y se fomenta la conciencia nacional a impulsos del regalismo y el desarrollo del comercio, la reanimación de la agricultura y el arranque de la industria algodonera catalana.

En una sociedad con una estructura real cuya base principal era la propiedad de la tierra, ésta se distribuía en propiedad colectiva –de la Iglesia y de los municipios y consejos-, vinculada e individual de libre disposición. Ahora bien, mientras con la Casa de Austria decaen los municipios, se impone el federalismo neofeudal, impera el espíritu de partido en todos los dominios y el espíritu escolástico en el ideológico, y no existe propiamente la nación, con los Borbones se produce el ascenso creciente del regalismo, aumenta la riqueza mercantil y agraria a impulsos de la propiedad de libre circulación y crece notoriamente la población. Con todo, la Iglesia continúa siendo el sostén más firme de la vieja sociedad, con sus propiedades territoriales, sus ventajas fiscales y su gran influencia social, política e ideológica, la aristocracia local sigue controlando los municipios y la propiedad de la tierra, base material del *común* de los pueblos, y las viejas familias nobles aumentan sus bienes amayorazgados en los señoríos, jurisdiccionales y no jurisdiccionales, con el consiguiente malestar popular.

«Como síntesis general, se puede afirmar que la vida del país descansa sobre un entramado básico muy confuso, que pervive y toma su fuerza de esa confusión, compuesto de tres elementos fundamentales: a) Unas oligarquías locales incrustadas en las instituciones municipales, cuyos oficios se transmiten por herencia con medios eficaces de presión sobre la masa del pueblo: el repartimiento de tierras concejiles y baldías –de las que se quedaban con la mejor parte- y los repartimientos de los impuestos; oligarquías que aumentaron extraordinariamente su poder con la apropiación de gran parte de las tierras baldías, mandadas repartir a los pobres de los pueblos, y con la venta de los bienes de las fundaciones pías; b) Una masa inmensa de bienes amayorazgados, vinculados en manos de las familias nobles, con privilegios jurisdiccionales o sin ellos, pero con una gran influencia sobre el bienestar de los pueblos [sobre su malestar]; c) La Iglesia, con sus riquezas territoriales enormes, sus derechos fiscales [diezmos], su organización y sus medios de presión espiritual y económica.»

En otro trabajo de ese mismo año, «La revolución liberal de 1820», además de mostrar la riqueza intelectual y moral de la “revolución liberal” de 1820, 1868 y... 1931, ilustrando sus limitaciones prácticas con las contradicciones de la primera, se apunta la clave principal de la debilidad del liberalismo español.

«Quienquiera que vaya a consultar los documentos de la época, de uno de esos tres momentos, se encontrará con una luz completamente nueva para apreciar los hechos. Los periódicos, las proclamas, los folletos, la inmensa riqueza de los Diarios de Sesiones de las Cortes, donde se discutían cuestiones fundamentales que se quedaban, naturalmente, en el papel pero que los hombres venidos de cualquier punto de España enfocaban con lucidez y seria honestidad, todo esto, nos ofrece una imagen de nuestro pueblo absolutamente nueva; una imagen que nos hace comprender y amar, que nos obliga a reconciliarnos con nuestro pasado, porque vemos con qué honradez y desprendimiento luchaban. Nos hace ver que nuestro pueblo se quedó un poco al margen de la historia pero después de una dura lucha: después de haber derrochado mucho heroísmo y mucha sangre.»

Ahora bien,

«el rasgo dominante de nuestros liberales es su estrecha conexión con la actividad comercial. Esa actividad comercial es la que más poderosamente ha influido en su ideología, y toda la actividad política se resiente de esta *desconexión* con la producción, y su relacionarse, de una manera más inmediata, con el consumo. El liberalismo español no ha estado ligado a las clases eminentemente productoras: a la producción agrícola o a la industrial. Aquí radica la extraordinaria debilidad del liberalismo y su enorme falta de comprensión de los grandes problemas nacionales. Esta debilidad le llevó a aliarse con sus verdaderos enemigos y a un conciliacionismo híbrido que va a caracterizar toda la política a partir de 1840.»

Por lo demás, al atraso social y económico y a la desconexión de la burguesía mercantil con la economía productiva se añade su pacto con la vieja nobleza feudal al abordar la desamortización de la tierra de la Iglesia y los pueblos y el gobierno político del país a costa del campesinado pobre. De ahí la confusión de la conquista del poder con la revolución, con la inestabilidad crónica consiguiente del régimen representativo liberal.

De hecho, ya 1820 la revolución fracasa por el moderantismo liberal y el respeto de la Corona y las instituciones antagónicas con la revolución burguesa. Mientras agitan el espantajo de la anarquía y los *exaltados*, la debilidad e inconsecuencia revolucionaria de los gobiernos liberales llevan a la reducción de facto de la “revolución” al cambio de una camarilla por otra. Así se explica el empacho legalista, el caos administrativo, la ineficiencia de la labor de zapa de la oligarquía provincial y local e incluso el sesgo de clase y la involución anticonstitucional de los altos mandos militares. De ese modo, la incompreensión de los problemas reales del país por los liberales se traduce en la marginación económica y política de los industriales catalanes, en la incapacidad de la nueva clase dirigente para unificar los intereses de la burguesía en su conjunto y para satisfacer de algún modo el “hambre de tierras” secular del campesinado pobre, único sostén potencial real de la revolución, y en su ignorancia de las necesidades populares en general, con el lógico desapego del pueblo respecto a las instituciones liberales.

En su Estudio Preliminar para sus *Textos escogidos de Sanz del Río* (1968) Eloy Terrón vuelve sobre su interpretación de la sociedad española de 1814-1840 y las exigencias ideológicas de la misma a la luz de su origen histórico con un resumen apretado de la misma: formación de la “sociedad castellana clásica”, tras la derrota de los comunes, con la generalización de la institución del mayorazgo y el ascenso de la Iglesia y la oligarquía local en los siglos XVI y XVII; bases sociales, económicas, políticas e ideológicas del orden neofeudal y promoción de éste y el Estado patrimonial con los Austrias, de resultados de todo lo anterior; hegemonía eclesiástica, crisis económica y formación de un partido nobiliario anti-eclesiástico favorable a los Borbones al final del reinado de Carlos II; impulso regalista, ilustrado y burgués del Estado y la conciencia nacional frente al Estado, el foralismo y la ideología neofeudal en general y la Iglesia ultramontana en particular, en el siglo XVIII; reactivación de la agricultura, fracaso de la reforma agraria y difusión inicial del sentimiento de la propiedad individual de libre disposición en el reinado Carlos III; pseudo-“revolución liberal”, persistencia del orden neofeudal [cambios en la cúpula del poder y transformación puramente jurídica de la propiedad territorial], a mediados del siglo XIX; y absolutismo de facto, imperio de los intereses materiales y reformismo político-ideológico de la minoría democrática, coincidiendo con la transición de la Universidad ultramontana, de teólogos y canonistas, al origen de la Universidad propiamente española [1844-1868].

En cuanto a las ideologías y problemas en la España de 1814 a 1840, Eloy Terrón comienza apuntando la lógica ideológica general de la sociedad, dado el control de los medios de adoctrinamiento por parte de la mayoría intelectual al servicio de la clase dominante feudal, en contraste con los cambios en las conciencias de una minoría crítica y abierta a las ideas de los países europeos más avanzados ante los trastornos sociales y políticos de la época. Y explica luego cómo los cambios sociales y la quiebra de los factores de organización y control político tradicionales, por una parte, y las exigencias populares de orden y administración, por otra, abrieron, entre 1840 y 1868, una ventana de oportunidad histórica al protagonismo político, la asimilación de las nuevas ideologías europeas y la pasión propagandista y pedagógica de la minoría intelectual burguesa, con el resultado final del eclecticismo y el doctrinarismo de moderados y progresistas y el ascenso político-ideológico de las facciones democrático-radical y socialista-utópica del partido demócrata.

Y todo ello, para concluir, que, dada la situación de España en la época y sus necesidades ideológicas, de no haberse importado y difundido aquí el krausismo, habría que haber inventado una filosofía similar.

Ya antes de concluir la redacción de su tesis, Eloy Terrón pensaba en continuar el estudio de la estructura social y la conciencia nacional en la España contemporánea a partir de la Restauración borbónica.<sup>22</sup> Pero su integración en 1958 en el Departamento de Investigación del Instituto de Biología y Sueroterapia [IBYS], como colaborador directo de su director, el biólogo evolucionista español Faustino Cordón

---

<sup>22</sup> «En verdad, no podrás imaginarte - le escribe a Mary Lola- las ganas que tengo de terminar y comenzar otras cosas. ¡Hay tanto que hacer! Tendré que continuar estudiando la situación de las ideas en España, prosiguiendo la tarea de la tesis a partir de los krausistas para adelante...» [Carta del 29 de agosto de 1957].

[1909-1999], lo absorbe casi por completo.<sup>23</sup> Con todo, encuentra el tiempo necesario para continuar, aunque sólo coyunturalmente, dicha tarea. De hecho, ese mismo año esboza dos proyectos de investigación sobre «La ciencia en España: de la crisis de 1898 a la actualidad» y sobre «Los conflictos sociales en España: de la Restauración a la Segunda República», y trabaja sobre dos aspectos básicos del presente social y económico: «Desenvolvimiento anormal de la industria española durante los últimos 18 años» y «De la organización del trabajo y la producción». Y, dos años después, en 1960, bosqueja en pocos días un «Proyecto provisional de historia del pensamiento español. 1700-1960», redacta unas notas sobre la «Situación y actitud de los españoles en la España actual» y afronta la problemática de «La conciencia nacional» con la dictadura de Franco.

En el primero de esos apuntes explica la situación de impasse de la industria española en 1958 por el atraso de la agricultura, el control político de los asalariados, el cuasi monopolio del mercado y las fuentes y beneficios extraordinarios de los industriales desde el final de la Guerra Civil, y por el desinterés de esos mismos industriales por el progreso técnico y la racionalización del trabajo, su aversión a los productos nacionales y su obsesión por las patentes extranjeras.

«En efecto, el control completo sobre los asalariados, unido a la situación atrasada de nuestra agricultura (con una producción descendente que arruinó a numerosos pequeños campesinos, creando así un sobrante de población agrícola que emigró a las ciudades), pusieron a disposición de los industriales un enorme excedente de mano de obra barata. Ahora bien, en estas condiciones –control de los asalariados, mano de obra excedente, monopolio de la producción y dominio político del mercado- es *absolutamente imposible el desarrollo de la industria*, salvo que se disponga de mercados exteriores, que no era nuestro caso.»

Lo que, unido a la reacción política de las masas y al progreso e integración europeo-occidental creciente, no dejó a las empresas industriales españolas más alternativa que su adaptación a la nueva situación o su desaparición a expensas de la industria extranjera.

Esto último viene a enlazar, por cierto con el tratamiento «De la organización del trabajo y la producción» ese mismo año. Pues, dada la persistencia del predominio de la concepción artesanal del trabajo en la España de la época y puesto que la condición fundamental del mejoramiento de la producción es una actitud científica y un espíritu libre de concepciones anticuadas, se impone la necesidad del cambio de la mentalidad y el espíritu empresariales, la organización científica de la empresa y el trabajo, el desarrollo técnico y la descentralización de la autoridad laboral, y la formación universal y permanente de los trabajadores. Y esto porque

«...la productividad alude a un hecho real, decisivo para el bienestar de nuestro país. Elevar la producción es nada menos que la condición básica de nuestra existencia como nación independiente; es la condición del mantenimiento y persistencia de nuestras características nacionales, que, de lo contrario, desaparecerán bajo el alud de

---

<sup>23</sup> «Mi principal preocupación es el programa del Departamento de Investigación», escribirá en carta a Mary Lola de 24 de julio de 1960; y el 4 de septiembre añade: «El trabajo de YBYS me impone y me exige una responsabilidad de la que difícilmente me puedo evadir: aquello es en realidad una obra en la que un hombre puede plasmarse; en realidad, más de uno, ya que fundamentalmente es una obra colectiva...»

productos y mercancías producidos en otros países, con la consiguiente uniformidad, anuladora de nuestros productos propios.»

En cuanto al «Proyecto provisional de historia del pensamiento español, 1700-1960» es un esquema sistemático, pormenorizado y riguroso, redactado en pocos días, con una breve introducción sobre el propósito de la obra, el método, sus fundamentos filosóficos y la situación del país como punto de partida, y el esbozo de un índice sugestivo, pormenorizado en cuatro tomos, divididos a su vez en varias partes con un criterio socio-histórico preciso: I. Hacia la creación del Estado nacional. 1700-1808; II. La revolución inacabada. 1808-1875; III. El equilibrio desolador. Conservar el “Orden”, tarea fundamental. 1875-1936; y IV. La España torturada. 1936-1960.<sup>24</sup>

Siguen luego unas pocas notas inacabadas sobre la «Situación y actitud de los intelectuales en la España actual», a modo de conclusión de todo lo anterior.

«De la consideración histórica de la situación de los intelectuales en España se deduce cuál debiera haber sido su papel en la sociedad española, por el vacío que se observa y por la frustración completa de su influencia en el país. Así se aclara cuál es el verdadero papel del intelectual en la sociedad: hacer progresar el desarrollo del pensamiento; servir de intermediario entre el pensamiento general (propio o extraño) adaptándolo a las condiciones nacionales, de forma que sirviese de base para la formación y modelamiento de la conciencia nacional; educar al pueblo y esclarecer continuamente su actividad; estimular y afinar su sensibilidad como base para crear en él una inquebrantable adhesión a la libertad y espontaneidad humanas.»

«Los intelectuales hoy pueden cumplir este papel de creadores y esclarecedores de una conciencia nacional; hay medios para lograrlo; no muchos, pero los hay. Es necesario que ellos mismos tomen conciencia de su cometido y que se convenzan de que, de no hacerlo, caerán en el rutinarismo, en la grandilocuencia retórica y en la pedantería; por su actitud y su nula capacidad creadora serán espíritus colonizados.»

De ahí que en el artículo «La conciencia nacional» –aparte de subrayar la prevalencia del componente emocional sobre el intelectual en toda conciencia nacional y la necesidad de su formación en España como condición de la independencia y la dignidad nacionales- se explique el fracaso del fomento de la adhesión al “nuevo Estado” [1939-1960] por su incongruencia con la evolución del país, así como por el elitismo de los artistas, la degeneración del arte y el control del mismo por las empresas de publicidad coincidiendo con la transición al capitalismo industrial.

«Formar una conciencia nacional, poseer tal conciencia, es la condición indispensable de la independencia y la dignidad nacional. No se puede concebir la independencia de una nación sin la existencia de una conciencia generalizada en la inmensa mayoría de los miembros, en su casi totalidad, moldeada y apoyada en los rasgos nacionales característicos.»

En 1966 Eloy Terrón vuelve más detenidamente sobre el presente social y económico y sobre la situación de la ciencia y la técnica en España aprovechando sus ocho años de experiencia en IBYS y con el estímulo de sus informes para el consejo empresarial del Instituto Biomédico Coca a raíz de la integración del equipo científico

---

<sup>24</sup> Este esquema parece redactado a raíz de los contactos de Eloy Terrón y José Luis Abellán con la editorial Espasa-Calpe para escribir una Historia de la Filosofía Española en varios tomos, que finalmente realizaría el segundo, con un tratamiento básicamente empirista.

de Faustino Cordón al completo en el Departamento de Investigación de la nueva empresa.

Ante el «Confusionismo y desorientación de la sociedad española actual» y las contradicciones en el panorama económico nacional, insiste ante todo en la necesidad de una visión de conjunto conforme a un esquema explicativo riguroso y al análisis de los datos, previa precisión del tipo de hechos a estudiar y de su lógica sociocultural.

Con ese fin se ocupa primero de la «Crisis de la sociedad agraria y desarrollo capitalista», tras remontarse a los orígenes de la primera a partir de la “revolución liberal”, con la vieja nobleza feudal, producto de la crisis del feudalismo clásico, como fracción principal de la nueva clase terrateniente: transformación en profundidad de la estructura social del país de resultas de la redistribución brutal de la población, la incidencia de la misma sobre la demanda de bienes de consumo y el desarrollo industrial, con el trastorno consiguiente de la organización agrícola tradicional; y necesidad de una política administrativa que dé tiempo a la transformación tecnológica de la producción agrícola a industrial para hacer frente con cierta flexibilidad al crecimiento de la demanda interna. Y ensaya, tras esto, la visión de conjunto de «Nuestro estado socioeconómico y perspectivas futuras».

Ante la crisis de la forma tradicional de producción, comienza resaltando la necesidad de la perspectiva sociohistórica para la comprensión de los hechos económicos que la provocaron: quiebra del inmovilismo proteccionista ante la doble presión de la escasez y la nueva experiencia urbana de los campesinos en los años cuarenta y cincuenta; e inversión industrial de una parte sustancial de los beneficios agrarios de posguerra y aumento notorio de la demanda y la producción industrial. Aborda a continuación la etapa de contención y despegue económicos, con el paso del atraso y el proteccionismo autárquico a la apertura aduanera y la “vía industrial” ante la avidez de consumo de la población y el cambio de intereses de la clase dirigente, con el turismo como factor desencadenante del proceso intensivo de industrialización al cambiar gracias a él y a las transferencias de los emigrantes el signo de la balanza de pagos. Se ocupa también de las etapas y medidas preparatorias del Plan de Desarrollo: superación del proteccionismo autárquico y la inflación, como objetivo de la primera etapa de la preparación de la estructura económica española para su integración en el Mercado Común, y formación de un mercado nacional como problema capital de su sector industrial; y transición del Plan de Estabilización de 1959 al periodo de estabilización [1959-1962], con su mística europeísta. Esboza las líneas generales del Plan de Desarrollo para 1964-1967, resaltando el contraste entre las condiciones óptimas para el desarrollo y la apatía inversora y la incertidumbre de los empresarios españoles. Y concluye con una evaluación de dicho Plan en función de sus objetivos y de la investigación de los factores perturbadores de su desarrollo, teniendo en cuenta su carácter empírico, su naturaleza indicativa y el medio social concreto. Todo lo cual se completa, además, con el tratamiento sumario de la transición «De la autarquía y el mercado agrario al desarrollo con inflación» en un texto del mismo año que el anterior, 1967.

Por otra parte, también se ocupa por entonces de «El estado actual de la ciencia y la necesidad de esclarecerla y criticarla», un artículo publicado en la nueva revista teórica del PCE, *Realidad*, donde pone el principal acento en la mitificación de la ciencia y la técnica en la época, su reconsideración crítica, el aislacionismo de la

clase dirigente de la sociedad agraria tradicional y su atraso científico y técnico, la subordinación de la burguesía industrial y la ciencia española al capital y a la ciencia y la técnica extranjeros y las limitaciones de la formación académica de los científicos españoles, por una parte, y en la necesidad y la posibilidad efectiva de la desmitificación de la ciencia y la técnica en función del esclarecimiento de la historia del hombre y su medio, como ser vivo, por otra.

Con todo, el estímulo más persistente e intensivo para ocuparse de esta otra dimensión del presente fue, quizás, el compromiso científico y político activo de Eloy Terrón con el Movimiento de Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza,<sup>25</sup> que culminaría con su participación en los Cursos de Sociología de la Universidad Central [1963-1965], el Centro de Investigación y Enseñanza (CEISA) [1965-1969] y la Escuela de Estudios Sociales<sup>26</sup> [1969-1970].

Los datos al respecto son bien elocuentes. Resalta la interdependencia de los objetivos científicos y políticos del Movimiento de la Reforma de la Universidad y de Racionalización de la Enseñanza al ocuparse de «La agrupación de profesores y científicos para la Reforma Universitaria. Propuesta de conjunto». Prepara sendas ponencias sobre «Investigación y Universidad» (1963) y «La racionalización de la enseñanza» (1964), a propuesta de la dirección del Movimiento. Elabora toda una serie de guiones sobre el estado de la investigación científica en España, la relación entre el dominio de la lengua nacional y el desarrollo científico, la política científica en España, el analfabetismo en las nuevas condiciones económicas y los múltiples aspectos de la racionalización de las enseñanzas universitarias: crisis de la universidad, función de la universidad en la sociedad, desprecio de la teoría y degeneración de la universidad, organización del conocimiento, necesidad del pensamiento científico general, papel de la universidad en el sistema educativo, estructuración de la Facultad de Filosofía y Letras, propuesta de plan de estudios para la Facultad de Sociología, etc. Imparte diversas conferencias sobre el tema en distintos puntos de España: «La educación actual en la encrucijada» (1964), «El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos» (1966); «Función de la Universidad en las condiciones socioculturales del país» (1967), «Función y responsabilidad de la Universidad en la sociedad actual» (1968), «Notas sobre la rebelión de los jóvenes» (1968 y 1969), etcétera. E investiga de forma sistemática el *Origen y desarrollo de la Universidad española contemporánea: su estado actual* (1966-1968), un libro en parte perdido, rechazado en su día (1968) por la censura previa y recuperado recientemente en esta Biblioteca Digital,<sup>27</sup> del que adelanta un resumen, «Análisis sociológico de la Universidad española» (1967), en la revista *Cuadernos para el Diálogo*. Todo lo cual se completa, además, con la actualización de su visión de conjunto sobre sobre la España contemporánea en sus cursos sobre «Estructura social y conciencia nacional» (1967-1968), en CEISA, y «La sociedad española a partir del siglo XVII» (1968-1969), en la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, así como en sus conferencias sobre «El

---

<sup>25</sup> Sobre éste véase el Apéndice 5.

<sup>26</sup> Sobre esta última véase el Apéndice 7.

<sup>27</sup> [https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/UNIVERSIDAD\\_Y\\_SOCIEDAD\\_Enero\\_2021\\_compressed-1.pdf](https://ahf-filosofia.es/wp-content/uploads/UNIVERSIDAD_Y_SOCIEDAD_Enero_2021_compressed-1.pdf)  
[https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/de-la-educacion\\_esp](https://sites.google.com/site/rafaeljerezmir/de-la-educacion_esp)

neofeudalismo en España: 1500-1700» y «La evolución de la sociedad castellana desde el siglo XVI al XX» en la Universidad de la Habana, en enero de 1968.

Pues bien, para ilustrar todo esto, se incluyen a continuación dos textos básicos, con centro en la dialéctica de la forma de producción, la organización social y la organización social del conocimiento: «El analfabetismo en España y sus condicionantes sociales y económicos» y el «Análisis sociológico de la Universidad española».

En el primero de ellos se estudia el analfabetismo en la “sociedad tradicional” hasta 1956-1957, en la transición a la sociedad industrial (1958-1966) y en el presente.

En la sociedad tradicional española domina la forma tradicional de producción [con la agricultura autosuficiente como predominante], de organización social [con la propiedad de la tierra y la dominación de los latifundistas sobre los pequeños propietarios, arrendatarios y aparceros y obreros agrícolas] y de organización del conocimiento [con la transmisión del conocimiento por imitación y mediante proverbios y refranes]. A finales del siglo XIX, la clase terrateniente dominante de la nueva “sociedad agraria” se atrae al ejército, el clero, la burocracia y, con su ayuda, también al campesinado medio y al campesinado pobre independiente, hasta el punto de inmovilizar de facto al país, bloqueando el reformismo moral, cultural y escolar de la fracción política estatal, profesional y burguesa progresiva. Ahora bien, con la victoria de esa misma “sociedad agraria” en la última Guerra Civil comienza paradójicamente su destrucción a raíz de la inversión industrial de los grandes beneficios de los años del estraperlo y de la huida del obrero agrícola al cinturón semiurbano de las grandes ciudades; lo que se completa en los años inmediatos con la transformación industrial, el desarrollo de los servicios y la toma de conciencia del problema del analfabetismo como problema económico por el común de la gente, al tiempo que aparece también como un grave problema moral.

«Éste es el grave, gravísimo, problema moral del analfabeto (y de quienes lograron que lo fuera): un hombre inmerso en un mundo de signos –el lenguaje escrito- y de cifras, en el que se expresa nuestra cultura tecnificada, que está fuera de su alcance y del de tantos hombres expulsados de nuestros campos, donde se las arreglaban bastante bien sin saber leer ni escribir, y lanzados de lleno a un mundo en el que es imposible orientarse sin el dominio del lenguaje escrito.»

En cuanto al «Análisis sociológico de la Universidad española», tras una introducción teórica sobre la naturaleza y las funciones de la educación, con una atención especial al papel de la Universidad, siguen cinco apartados básicos: la “sociedad” española; la “sociedad” española y la Universidad; las etapas de la Universidad española contemporánea; la Universidad en el nuevo orden social; y la crisis de nuestra Universidad actual. Todo ello con el trasfondo de la interpretación sociológica de sus principales inflexiones socio-históricas: fracaso de las revueltas liberales; grupos componentes de la clase superior de la “nueva sociedad” española y su dinámica histórico-política; simbiosis entre Universidad y clase superior; contraposición política entre intelectualidad ultra e intelectualidad liberal y división de esta última ante el ascenso social y político de la clase obrera; transición de la Universidad ultramontana medieval a la nueva Universidad, y desde la unificación de la nacionalidad a mediados del siglo XVIII hasta la organización de la segunda enseñanza y la Universidad sobre las bases actuales a mediados del siglo XIX; universidad

verbalista, influida por la forma de enseñar el derecho, desde mediados del siglo XIX a la crisis del 98; influencia alemana y lucha por la Universidad científica en el primer tercio del XX; Universidad forjadora de minorías rectoras en el nuevo orden social, fascista y neocatólico, tras la Guerra Civil; y crisis de esa Universidad con la transición a la sociedad industrial y de servicios.

«Actualmente, el peligro consiste en que la Universidad oficial, encastillada en su aristocratismo, no se haga cargo de las exigencias que estos millares de jóvenes que llegan a ellas le plantean; si fuera así, entonces el país (o fuerzas sociales que esperen cualquier ocasión) sentirá la necesidad de crear nuevas instituciones que sustituyan a la Universidad y, por este camino, perderá el papel dirigente que le corresponde en el país y le sería muy difícil recuperarlo.»

Por último, esta selección de *Escritos sobre Estructura y Conciencia Nacional* se cierra con la transcripción de un último mecanoscrito, «Proyecto Guareña», y del epílogo del libro *Sociedad e ideología en los orígenes de la España contemporánea*, «Conciencia individual y tradición nacional», que data de 1965 si no antes.

En febrero/marzo de 1969 Eloy Terrón aprovecha su confinamiento en Guareña (Badajoz),<sup>28</sup> durante el estado de excepción decretado por el gobierno franquista a finales de enero, para volver sobre la edad media española y esbozar su «Proyecto Guareña» con un propósito fundamental: la profundización en el conocimiento de los caracteres básicos de la “sociedad agraria” española.<sup>29</sup>

---

<sup>28</sup> Detenido junto a la totalidad de los miembros del Comité Permanente del Club de Amigos de la Unesco de Madrid [CAUM] al completo, justo al día siguiente de declararse el estado de excepción, en enero de 1969, fue incluido en el grupo de profesores de universidad confinados relacionados con la revista *Cuadernos para el Diálogo* y / o CEISA y la Escuela Crítica de Ciencias Sociales: Alfonso Sevilla Casas [derecho civil]; Pablo Cantó [economía]; Javier Muguerza [filosofía]; Elías Díaz [filosofía del derecho]; Manuel López Cacho [matemáticas para economistas]; Gregorio Peces Barba [derecho natural]; Pedro Schwart [economía]; Raúl Morodo [ciencias políticas]; Paulino Garagorri [filosofía]; Oscar Alzaga [derecho político]; Rafael Jiménez de Parga [derecho mercantil]; Antonio Casas [hacienda]; Mariano Baena [derecho administrativo]; Francisco Bustelo [económicas]; Fernando Álvarez de Miranda [directivo de la Asociación Progresista]; José Luis Gallego [comunista y poeta]; y Manuel Benedito [economista], entre otros. El Consejo Delegado de la editorial Cuadernos para el Diálogo, José María Rianza Ballesteros, y el Consejero Técnico de Redacción, Pedro Altares, los mantuvieron informados sobre los avatares políticos mientras duró el estado de excepción, y a algunos de ellos se les levantó el confinamiento antes de que finalizara.

<sup>29</sup> De ahí su proyecto de los años setenta sobre *La “sociedad agraria”: orígenes, desarrollo, componentes, conflictos y disolución*, cuyo índice general proporciona ya de por sí una idea breve, pero suficientemente clara y precisa, de la concepción de Eloy Terrón sobre la nueva clase dominante y sus diversas fracciones constitutivas [“la sociedad agraria” surgida tras las reformas liberales de las décadas centrales del siglo XIX] y sobre sus relaciones con las otras dos clases básicas [la burguesía industrial y la clase obrera], en el contexto político e intelectual de la cultura española de la época, hasta su disolución final en los años cincuenta del siglo XX. A saber:

1. Orígenes o constitución de la “sociedad agraria”.
2. Sus componentes y conflictos.
  - a. La “aristocracia” latifundista.
  - b. El ejército.
  - c. El clero.
  - d. La burocracia.
  - e. El gobierno.
3. Conflictos de la “sociedad agraria” con la burguesía naciente.
4. La “sociedad agraria” y los partidos políticos.
5. La “sociedad agraria” y la clase obrera.
6. La “sociedad agraria” y el mundo exterior.
7. La “sociedad agraria”. Las ciencias y las artes.

«En el fondo todas las condiciones de vida del siglo XIX y parte del XX tuvieron como fondo la posesión de la tierra. La propiedad de ésta fue la fuerza de la nueva clase dominante y la que le dio poder político y prestigio social, puesto que en España la tierra continuó siendo el medio principal de producción, si no prácticamente el único. El núcleo central de esta clase fue un corto número de grandes propietarios latifundistas, que lograron agrupar en torno suyo al ejército –depurado de todo elemento liberal después de terminada la guerra civil, en 1876- , la burocracia estatal en general y la judicial en particular, y, en los dos últimos decenios del siglo, a la Iglesia, que se puso resueltamente de parte de sus recientes expoliadores: tal era el miedo que inspiraban el campesino que pedía tierras y los obreros. Así se constituyó la “sociedad agraria” española, que es el nombre con que designaré en adelante a esta clase dominante.»

Ahora bien, nuestra historia escrita carece de unidad como nuestro país carece de conciencia nacional. Pues, si la tradición nacional configura la estructura mental básica de la conciencia individual, el pueblo español –a diferencia de los europeos más avanzados-, rompió primero con su tradición crítica bajo los Austrias para sufrir después el bloqueo de su transformación en conciencia nacional con los primeros Borbones y desvincularse de su pasado histórico más progresivo desde principios del siglo XIX.

De ahí el espíritu de clan, la desconexión del pueblo y la impotencia de la intelectualidad española. Pero también la necesidad de superarlos para volver a impulsar la tradición nacional, hoy más necesaria que nunca.

«Nuestro país, como todos los demás, tiene una historia que se hace viva cada día en nosotros: es el conjunto de hechos ilustres e indignos en los cuales se ha decantado la vida de nuestro pueblo durante varios siglos. En este pasado que revivimos hay hechos que nos llenan de orgullo, que no son precisamente las glorias de Flandes ni los autos de fe; y hay otros que nos llenan de indignación y vergüenza, y son éstos los que realmente dan el tono a nuestro país durante los últimos siglos. Pero también de éstos se derivan grandes enseñanzas para la configuración de nuestra conciencia. En medio de la mayor decadencia, en medio de la mayor humillación de la vida humana, es donde se forjan más recias y sobresalientes personalidades; es quizás aquí donde más claramente se muestra nuestra grandeza: en la lucha de nuestro pueblo y de sus mejores hombres por la dignidad y la espontaneidad de la vida humana. Esta lucha es más heroica porque, durante siglos, parecía una lucha sin esperanza; pero se ha mantenido y ha persistido el esfuerzo, porque a ella han contribuido los mejores y más ilustres hombres de nuestro pasado.»

«El ejemplo vivo de estos hombres, toda la experiencia acumulada y expresada en las obras artísticas y literarias, y su enseñanza entera, constituyen el contenido espiritual de nuestra tradición. Este contenido espiritual, que es el que ha impregnado y penetrado profundamente en toda la actividad cultural de nuestro país, es también el que debe servir de base para la configuración de nuestra conciencia. Este contenido espiritual debería ser el verdadero suelo común de coincidencia de todos los españoles.»

Madrid, 1 de mayo de 2021

---

8. Disolución de “la sociedad agraria”.  
(Véase al respecto, *Escritos de Eloy Terrón. II. La profesión como desbordamiento hacia los otros, 1970-1987*, Madrid, Biblioteca Virtual Eloy Terrón, 2015, pp. 1047-1072).

